



Universidad Autónoma  
del Estado de México

# El polvo de la muerte

SALIM LEONARDO  
MORANCHEL CONTRERAS





Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

**Carlos Eduardo Barrera Díaz**

*Rector*

Doctora en Ciencias de la Educación

**Yolanda Eugenia Ballesteros Senties**

*Secretaria de Docencia*

Doctora en Ciencias Sociales

**Patricia Zarza Delgado**

*Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados*

Doctor en Ciencias del Agua

**Francisco Zepeda Mondragón**

*Secretario de Extensión y Vinculación*

Doctora en Humanidades

**María de las Mercedes Portilla Lujá**

*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Ciencias de la Educación

**Marco Aurelio Cienfuegos Terrón**

*Secretario de Rectoría*

Doctora en Ciencias Económico Administrativas

**Eréndira Fierro Moreno**

*Secretaria de Administración*

Doctor en Educación

**Octavio Crisóforo Bernal Ramos**

*Secretario de Finanzas*

Doctor en Ciencias Computacionales

**José Raymundo Marcial Romero**

*Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional*

Doctora en Derecho

**Luz María Consuelo Jaimes Legorreta**

*Abogada General*

Doctor en Ciencias Sociales

**Luis Raúl Ortíz Ramírez**

*Secretario Técnico de la Rectoría*

Licenciada en Comunicación

**Ginarelly Valencia Alcántara**

*Directora General de Comunicación Universitaria*

Doctora en Ciencias de la Educación

**Sandra Chávez Marín**

*Directora General de Centros Universitarios y  
Unidades Académicas Profesionales*

*El polvo de la muerte*

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS  
*Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México*

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

**Carlos Eduardo Barrera Díaz**

*Rector*

Doctora en Humanidades

**María de las Mercedes Portilla Luja**

*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Administración

**Jorge Eduardo Robles Alvarez**

*Director de Publicaciones Universitarias*

# *El polvo de la muerte*

Salim Leonardo Moranchel Contreras



Universidad Autónoma  
del Estado de México

*“2021, Celebración de los 65 años de la Universidad Autónoma del Estado de México”*

Primera edición, junio 2021

*El polvo de la muerte*

Salim Leonardo Moranchel Contreras

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, ya que permite sólo descargar las obras y compartirlas con otros siempre y cuando se dé crédito al autor, pero la información no puede cambiarse de ninguna manera ni ser usada de manera comercial. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-289-4

Hecho en México

Editor responsable: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Corrección de estilo: Yuritza Anahid Mendoza Romero y Lucina Ayala López

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Formación: Ángel Alejandro Esquivel López

Diseño de portada: Luis Alberto Maldonado Barraza

## INDICE

11	SAN LUIS DE MEXTEPEC
15	EL EJÉRCITO DE LUCILA MORRONGO
41	EL HIJO DE LAS GÜERAS
61	SON SÓLO HUMO
71	CANUCO EL VIEJO
93	UNA LARGA NOCHE
109	LAS LÁGRIMAS DE SABÁS
123	LA NOCHE INTERRUMPIDA
133	EL POLVO DE LA MUERTE
157	LA PROCESIÓN



*Pero tus muertos revivirán, se levantarán sus cadáveres.  
¡Despierten y griten de alegría los que yacen en el polvo!  
Porque tu rocío es un rocío de luz, y la tierra dará vida  
a las sombras.*

ISAÍAS: 26:19



## SAN LUIS DE MEXTEPEC

*Las monedas se guardaron en un baúl que fue protegido por el recuerdo de quien las trajo. Según contaban, las monedas fueron entregadas a don Baltazar Linares, en ese tiempo que aún se guardaba memoria de la profesión plena de la fe. Las obtuvo en una de las cruzadas y las escondió por generaciones. Fue hasta que su descendencia llegó a esta tierra, que redescubrieron su tesoro.*

*Cuando el recuerdo de quien las trajo se difuminó en polvo y el polvo cubrió las monedas, llegaron los frailes y, con ellos, el fuego, la cruz y la espada. Los espíritus del cerro cayeron ante el poderío de esa lengua extraña que esparcía una justicia ininteligible. Las bolas de fuego que iluminaron las noches se apagaron repentinamente y su rescoldo fue utilizado para encender la hoguera con la que quemaron el recuerdo de esa vida y lo que*

*de ella quedaba. Los cerros se volvieron enanos y las nubes, que fueron guardianas, se transfiguraron en una necesidad de hambre.*

*Abí, donde los espíritus bailaron, se encontraron las rocas que fueron el cimiento del templo. El barro que escurría entre las venas del cerro se utilizó para formar los rostros de los santos. Las flores, que antes vivían sólo para marchitarse, hoy viven para adornar y perfumar el sitio de la derrota de los espíritus. Con la hoguera se fundió el oro de las monedas. Se volvieron a forjar; perdieron la esencia de quien las resguardó y se convirtieron en el tesoro de este pueblo.*

*Se guardaron bajo los pies de San Luis, justo donde su espada toca el piso. Con los santos moldeados por el barro, sostenidos con la madera de los cerros, las monedas refundadas y los espíritus encerrados, se pudo forjar la iglesia de San Luis de Mextepec. Las familias crecieron y con ellas la historia. Una historia perdida en su memoria.*

*Ajena. Fundida en un presente perpetuo, donde  
pasado y futuro son sólo el polvo de la muerte.*



## EL EJÉRCITO DE LUCILA MORRONGO

Sobre las sombras del cerro se vio bajar un centenar de caballos. Los gritos de los jinetes penetraban los vientos y llegaban hasta las calles más alejadas del pueblo. Una humareda de polvo se levantó y las aves huyeron asustadas.

Los insurrectos miraron las casas, prepararon sus escopetas y esperaron la señal de la generala. Un grupo de cuatro jinetes se adelantó al paso. Gritaron afuera de una de las casas: “¿Quién vive?”. Nadie respondió. Volvieron a gritar: “¡Salgan!, o aquí va a aparecerse la noche”. Nadie respondió. La generala miró que sus soldados vociferaban al silencio, picó espuelas y se acercó a ellos. Ordenó abrir las puertas y tomar presos a quienes estuvieran dentro. Un hombre regordete bajó de su caballo y pateó la puerta; cuando su

pierna se acercó lo suficiente, la madera de la casa se difuminó y el hombre cayó sobre el suelo.

Todo se encontraba en penumbras, la casa era fría y desprendía un olor a madera húmeda. No pudieron identificar nada. La generala se adentró y encendió una lumbre. Sólo quedaba un petate maltrecho y los restos del fogón apagado. Otros soldados comenzaron a revolver el interior de la casa. Tiraron el crucifijo de uno de los cuartos. No hallaron nada. La generala se sostuvo en el medio mirando cada rincón de los adobes. Se dio cuenta de que, en la luz de la lumbre, no se reflejaban las sombras de sus soldados. Sintió un temblor sobre sus rodillas.

El coronel Bernegal tomó el crucifijo en sus manos, lo miró a detalle y gritó: “A ver, cabrones, ¿quién quiere la bendición?”. Rompió en carcajadas. Los otros hombres bromearon con persignarse. Elevó al Cristo, lanzó un escupitajo y, con todas sus fuerzas, lo estrelló en el suelo.

La generala sintió una vibra extraña al ver los fragmentos del Cristo sobre la penumbra. Los soldados rieron. De entre las carcajadas se formaron unas voces, unas risas agudas que aturdieron a los soldados. Se oyeron los murmullos.

Lucila miró en las paredes unas sombras que no pertenecían a sus hombres. Se extendían por el techo y, en los suelos, tomaban formas humanas. Distinguió que, entre los murmullos y las risas, se escuchaba una frase repetitiva: “Polvo somos...”. La generala tembló y sus hombres estaban asustados. Ordenó que salieran de inmediato. Las sombras se perdieron entre los muros. Otra vez el murmullo: “Polvo somos...”.

Para eso de las siete de la noche, los jinetes caminaban sobre las Tres Cruces, sujetaron sus armas y descendieron por la cuesta del Buey. Los olmos formaban unas sombras espesas en el camino. La generala escuchó un silencio que

se interrumpía por los rasguños de los aires. Los ecos de los cascos regresaban a través de las copas de los sauces. Nadie hablaba. Los soldados suspiraban y se distraían pensando en cuál de las casas encontrarían un rastro de vida y un poco de agua.

Sobre la noche comenzaron a dibujarse los tejabanos rojizos y una fila de casas aparecía de entre los costados de la cuesta. Olieron el perfume que produce el rescoldo. Se detuvieron. Unos hombres bajaron de sus monturas para revisar una casa, tocaron y el resultado fue el mismo: nadie atendió. Golpearon con más violencia; al voltear, la puerta cedió lentamente, volvió a cerrarse y luego se abrió con tal fuerza que la chapa produjo un ruido similar al de las campanas. Los soldados cortaron cartucho y se adentraron.

Olía levemente a carbón recién apagado y unos humos se esparcían en el interior. Uno de

los hombres caminó en dirección a la cocina. Nicolás Soriano miró que en el fogón quedaba un carbón todavía rojizo, pensó en gritar y avisar a la generala. No lo hizo.

Una mano pesada se recargó en su hombro. Pasó los ojos por la cocina y sólo miró el rastro de los humos. La vibra se sentía pesada. Giró su vista al fogón. Un hombre se encontraba en cuclillas picando el carbón con una vara. Nicolás Soriano cortó cartucho y apuntó. La carabina temblaba, una gota de sudor le escurrió por los ojos: “¿Quién eres tú?, ¿hace cuánto tiempo que estás aquí?”. El hombre suspiró sin levantar la mirada. Movi6 uno de los carbones y dijo: “Soy el dueño de esta casa... Aquí he vivido siempre...”.

Nicolás Soriano se acercó sin bajar el arma: “Deja de hacerte el tonto, cabr6n, ¿quién eres?”. El hombre tom6 en sus manos un pedazo del carb6n encendido, se levant6 y camin6 hacia el

soldado. Se lo mostró mientras decía: “Sólo soy un rescoldo que hace tiempo fue encendido...”. Nicolás Soriano sintió angustia: “Déjate de pendejadas... Tú quieres que te clave una de éstas en el hocico, ¿verdad?”. Respiraba con rapidez y el sudor caía a chorros. El hombre se acercó. Nicolás Soriano retrocedió temeroso.

No supo cuánto tiempo había pasado. Miró las manos del hombre, el carbón, antes rojizo, estaba hecho polvo. Insistió en preguntar: “¿Quién eres tú?”. El hombre apretó las cenizas de su mano, las extendió y cuando sus dedos se despegaron, un aire resopló en la cocina. Luego dijo: “Sólo soy un rescoldo que hace tiempo fue encendido...”. Cuando el hombre terminó de hablar, le escurrieron unas lágrimas que brillaron en la oscuridad.

Nicolás Soriano apuntó a la cabeza y jaló el gatillo. Se oyeron varios disparos. Al dispersarse el humo de la carabina, se dio cuenta de que,

en la cocina, sólo estaba él y nadie más. Miró el fogón que contenía únicamente cenizas, no desprendía ningún olor. Salió con la cabeza agachada y una pesadez le anclaba los párpados. Al salir de la casa, caminó a lo más alto de la cuesta. Se dio cuenta de que apenas comenzaba a amanecer. Tembló.

Por la noche hubo viento y el frío perforaba los adobes. Las aves se adentraban en las casas y las ratas corrían sobre las piernas de los soldados. Nadie concilió el sueño.

A la mañana siguiente, los vigías reportaron que, durante la madrugada, se escucharon voces, risas y carraspeos. Perico Padilla aseguró: “Mire, mi generala, le digo que parecía domingo de plaza, fuimos a dar el rondín, pero nada más caminábamos y los pasos se oían más lejanos. Ahí por las casas se escuchaban los rumores, eran las gentes que murmuraban, abríamos las puertas y sólo silencio...”. Lucila Morrongo respondió:

“No sea miedoso, Perico, no estamos para tener conciencias; la próxima vez métale un tiro a todo lo que se mueva, también a los pinches rumores. ¡Órale, a dar su rondín!”. Perico Padilla apretó con fuerza su sombrero, asintió y, dirigiéndose a sus hombres, dijo: “Ya oyeron, muchachos...”.

Una cuadrilla se encargó de hacer el chequeo de rutina. Poncho Perales regresó corriendo con la generala, traía la cara pálida y sus manos le temblaban: “¡Doña Lucila, doña Lucila!, venga a ver lo que encontramos”. La generala siguió al soldado, caminaron por un rato y entraron a una de las casas. Lucila Morrongo se condujo hacia la cocina y halló el cadáver del soldado tirado en el fogón. Tenía la cabeza reventada. Cuando Poncho Perales lo volteó se dio cuenta de que mantenía la boca totalmente abierta y los ojos con la pupila decolorada. Perico Padilla se quitó el sombrero. El coronel Dominico Bernegal comenzó a hacer una oración, al verlo, la generala

dijo: “¿Ahora sí eres creyente, Bernegal?”. Éste agachó la mirada. Lucila Morrongo ordenó que sepultaran a Nicolás Soriano.

Fueron cuatro hombres los que pudieron cargar el cadáver de Soriano. “Éste pesa la tonelada”, dijo Julio Coyote mientras intentaba levantar al muerto. “¡Cállate y haz fuerza, Coyote!”, respondió Huicho Muciño. Damián Ceballos ya esperaba al difunto en la tumba, dirigió un pequeño rosario y dio la bendición.

Levantaron el campamento y avanzaron hacia el centro del pueblo. Durante el trayecto, Lucila Morrongo siguió pensativa, no lograba explicarse la muerte del soldado. La generala tenía grabada la expresión de horror que mantuvo Nicolás Soriano. Detuvo su caballo y le dio vuelta. Miró a sus soldados, con la cara caída, y percibió en sus ojos la angustia.

Aparecieron otras casas. Lucila Morrongo picó espuelas, el coronel Bernegal y el teniente

Bernardo Ríos fueron tras de ella. Lucila Morrongo bajó de su caballo y miró una casa ennegrecida, las tejas resquebrajadas y luego una columna de humo que salía de lo más alto. La miró por mucho tiempo. Empezó a oír unas risas infantiles, tocó los adobes y sintió el eco de unos pasos que corrían hacia su presencia.

La puerta se abrió y el patio de aquella casa se iluminó con unas luces anaranjadas. Lucila vio a tres niños que jugaban, que reían, que la miraban inocentes. Se adentró en la casa, tiró su carabina, se quitó el sombrero y soltó sus cabellos. Bernardo Ríos y el coronel Bernegal aceleraron su paso al ver que ella entraba a esa casa. Cuando llegaron a la puerta, intentaron abrirla y no pudieron.

Lucila Morrongo estaba en el medio del patio, los niños corrían y atravesaban su cuerpo. Ella lloraba. Sintió un flaqueo en sus rodillas. Uno de ellos la llamaba. Lucila iba hacia él,

intentaba abrazarlo, pero su cuerpo se perdía entre sus manos. Afuera, el coronel Bernegal gritaba desesperado.

“Son sólo humo, niña, yo también intenté abrazarlos...”, escuchó. Se detuvo, luego se percató de que en la esquina del patio, debajo de un árbol carcomido, estaba un anciano. Lucila buscó su carabina, no la encontró. “Son sólo humo, niña...”, repitió él. La generala se acercó e intentó tocarlo, pero sus manos se perdían en el aire y ese cuerpo se movía como neblina. “Son sólo humo, niña”. Lucila estaba horrorizada y gritó: “¡Tú también eres humo!”. El hombre, inmóvil, dijo: “Ellos eran sólo unos niños...”. Lucila rodeó el sitio donde estaba el anciano, miró su rostro y recordó a Nicolás Soriano. “Ya habías visto estos ojos, ¿verdad, niña?”, dijo el anciano. El hombre se levantó de su silla, miró a los niños, intentó tocarlos y también sus manos los traspasaron. Regresó al lugar donde estaba

Lucila. “Son los ojos del sufrimiento, niña... Míralos... siguen siendo humo...”. La generala percibió un profundo dolor en las palabras del anciano. Tomó aire y le cuestionó: “¿Por qué sufres?”.

Las luces anaranjadas desaparecieron. El anciano declaró: “Sólo somos humo moribundo...”. Un fuerte golpe se oyó en la casa, la puerta cayó y entraron los soldados. El coronel Bernegal miró a Lucila arrodillada en un rincón del patio, escuchó sus sollozos, se acercó a ella y le dijo: “Usted indique, mi generala...”. Lucila Morrongo limpió sus lágrimas y manifestó: “Usted no vio nada, coronel”. Luego siguieron adelante.

Seguían apareciendo las casas, todas se parecían, sólo una se distinguió por el color rojizo de su fachada. El frío era inexplicable y el silencio era comparable con el de las sepulturas. Los caballos agacharon sus cabezas, únicamente un soldado se detuvo frente a la puerta.

Nazario Lagos sintió una mirada en el interior. Se acercó un poco, luego se dio cuenta de una mariposa diurna que se golpeaba contra la puerta, pensó: “Estas son almas de noche”. Se formó una nube grisácea bajo el insecto, apareció una figura humana. Nazario Lagos retrocedió. La tropa se alejaba. La mujer se transfiguró del polvo. Cuando el soldado regresó la mirada, encontró a la anciana con la boca abierta, vio en su rostro unos agujeros negros. Lanzó un grito fortísimo e intentó huir.

Las corvas de Nazario se endurecieron y sus pies comenzaron a enmarañarse. La anciana habló y de la boca le salía polvo, polvo que se convertía en palabras: “¿Qué hacen ustedes aquí?, vienen a traer tragedia, váyanse...”. Un frío apretó el corazón de Nazario. El soldado no escuchó más, después miró a la mujer deshacerse.

Nazario se apresuró para avisar lo sucedido: “Coronel Bernegal, coronel Bernegal, le juro

que se me aparecieron, coronel; advierta a la tropa, advierta a la tropa...”. Después corrió perdiéndose entre las calles.

Los soldados habían llegado a la calle de las nopaleras. Vicente Pichón desenfundó su pistola y comenzó a perforar los nopales más altos. Algunos se sorprendieron al escuchar los tiros y se aventaron de sus caballos, otros dispararon al aire. Unos caballos levantaron sus patas y aplastaron a un jinete caído. Bernardo Ríos recorrió lo largo de la tropa y gritó: “¡Deja de hacer estas pendejadas, Pichón!, mira que has puesto alertas a tus compañeros, hay un herido, imbécil...”. Bernardo Ríos propinó una cachetada al soldado, luego se acercó a mirar al hombre que había sido aplastado.

Noé Téllez todavía estaba en medio de las patas del animal; Bernardo se agachó para sacarlo, pero vio que su cuerpo languidecía. Lo jaló y miró su pecho aplastado, el rostro había

sido deformado por los cascos, y un chorro de sangre le escurría por el estómago.

“Dale el descanso eterno...”, terminó de decir Damián Ceballos cuando enterraron la cruz sobre la tumba de Noé Téllez. El coronel Bernegal, que se encontraba al lado de Bernardo Ríos, le susurró: “Oye, Bernardo, ya son dos muertos y un loco, ni cuando había combate se morían tan rápido, ya viste lo que pasó con la generala...”.

Lucila Morrongo miró a los dos hombres cuchichear, se acercó a ellos: “No me digan que ya les dio miedo. Aquí hay muertos, como los hay en todos los sitios. Ustedes que se ríen al matar, temen a unos aparecidos; ya me dijeron lo del loco ese, no sean tan crédulos. Muchachos, anden, respeten el luto de Noé”. Bernardo Ríos agachó la mirada y dijo: “Sólo sé que aquí anda rondando la muerte”. El coronel Bernegal se echó a reír. “Con pendejos como el Pichón, la muerte

siempre nos perseguirá”, volvió a carcajearse. Los soldados que rodeaban la tumba de Noé Téllez miraron con desagrado la risa del coronel.

Las estrellas cobijaron a la tropa, miraron más casas y una calle que comenzaba a dibujarse. Una luna plateada coronó al cerro. “Esa es la avenida principal, doña Lucila, mire qué piedras tan bonitas tiene”. La generala levantó los ojos y sonrió: “Mañana daremos la vuelta por el centro, coronel”. Encendieron una hoguera. Para las diez de la noche, la generala pidió a Bernegal hacer guardia y vigilar, por si acaso a los aparecidos.

La noche fue larga para el coronel y sus hombres. Escucharon los murmullos que hacían eco. Voces que repetían frases ininteligibles. Oyeron el trote de unos caballos. Dispusieron armas, pero no hallaron nada. A lo lejos se escuchó el eco de un carraspeo, el sonido de los vasos chocando, más voces, algarabía.

El coronel Bernegal solicitó que lo acompañaran cuatro soldados. Pidió que ensillaran unos caballos para hacer un recorrido de reconocimiento. La guardia llegó hasta una casona, afuera había bancas y un tejabán para resguardarse. Supieron que ahí era el lugar de la cantina. Las puertas estaban cerradas y las luces ausentes. El coronel lanzó una bala al aire y se oyó el silencio. Otra vez los murmullos.

Luis Bastida regresó al camino, se detuvo justo en la esquina y divisó una cruz clavada bajo una pared. Se acercó y quitó el polvo del medio, leyó la inscripción: “*Pulvis es, et in pulverum reverteris. Aquí descansan los restos de Magdaleno Pérez Pinole*”. Luis Bastida no entendió lo escrito antes del nombre, lo comunicó al coronel, que tampoco comprendió. Bernegal mandó a Epigmenio Gil a avisar a la generala, le indicó que buscara a Damián Ceballos. “El curita ha de saber estas lenguas, tráelo, ¡órale!”.

Llegaron Lucila Morrongo, Bernardo Ríos y Damián Ceballos; el curita leyó con detenimiento la inscripción. Suspiró al comunicar lo escrito. La generala mordió sus labios y un estrépito le sacudió la espalda. Detrás, apareció una sombra que caminó perdiéndose en la lejanía.

Al día siguiente, el ejército avanzó, llegaron al centro del pueblo y los soldados miraron la inmensidad de la iglesia, sus muros rocosos y la entrada altísima. Lucila Morrongo pidió a Ramón Díaz abrir las puertas. En el interior miraron los rostros de cada uno de los santos. Todos tenían unos ojos que denotaban tristeza. La iglesia era fría y un silencio hacía eco entre los muros. La generala llegó hasta el altar, levantó la mirada y pudo apreciar a San Luis; a sus costados se encontraban inmóviles María y un santo sin nombre.

Lucila Morrongo sintió celos por el brillo de María, reclamó el vestido y se imaginó

divinizada. Fue Isaac Camacho el soldado que se trepó para desnudar a María. Los soldados miraron el cuerpo transparente de la Virgen. Lucila Morrongo miró en ella su reflejo.

Tomó los vestidos y se dirigió a un cuarto apartado de la iglesia. Cuando regresó, era una virgen. Los soldados celebraron su llegada, aplaudieron, gritaron; mandaron traer a la tropa; llegaron con una gran tarima, le pidieron a Lucila subir y recostarse. Entre seis hombres la cargaron. Ella acariciaba sus senos sobre la transparencia del velo, se estremeció. En los hombros de sus soldados se volvía inalcanzable. Tocó su ser, luego sus muslos, gimió placenteramente, se mordió los labios y le escurrió un poco de sangre. Sus hombres la llevaron a la calle.

Lucila tenía los ojos en blanco y la cara colorada, su ser chorreaba y sus senos se partían en fragmentos. Ninguno de los hombres miró el placer de Lucila Morrongo. Al llegar a la

empedrada, se levantó y ordenó a sus soldados postrarse, con las manos hacía señas de bendición, luego tomó su pistola y lanzó todas sus balas al aire. Desde lo alto del campanario, una sombra colgante miraba con horror el espectáculo del ejército, luego se diluyó.

La generala rompió en risas al ver a su tropa arrodillada: “Miren cómo los tengo, cabrones; ¡adórenme, hijos de su chingada madre!”. Todos rieron. Llegaron las botellas de aguardiente, y el día se perdió.

En la madrugada, Lucila ordenó que se levantara el campamento. La noche se llenó de casas saqueadas, puertas rotas y desenfreno. Los soldados cargaron en sus espaldas huacales repletos de ropa, algunos encontraron documentos que mencionaban los nombres de gente que no se hallaba ahí, otros escondieron joyas, monedas y algunas armas.

La cuadrilla que encabezaba el teniente Eusebio Escamilla halló en una de las casas más grandes del pueblo cofres, armas cargadas y un nicho puesto en un rincón de la sala. Ahí reposaba una Virgen pequeñita, tan pequeñita que apenas alcanzaba los treinta centímetros. Su manto se perdía en la oscuridad del lienzo, se pintaba en unos ojos claros y una piel melancólica. Sus manos estaban recargadas ahí donde nace el corazón.

Eusebio Escamilla quedó impresionado con la hermosura de la imagen. Se acercó y acarició su lienzo, se estremeció; pidió a sus soldados que la llevaran. Nicanor Régules y Rogelio Sarandingua fueron los encargados de tomar a la Virgen. No pudieron levantarla. Mandaron traer a Carmelo Pagaza, también a Jorge Corral y entre los cuatro no lo lograron. Eusebio Escamilla apretó los dientes mientras se dirigía a ayudarles. Cinco no fueron suficientes. Estuvieron varias horas

intentando llevarse el nicho, pero la imagen se pegaba al suelo como imantada. Lucila Morrongo entró y divisó los detalles de aquella casa, miró el esfuerzo que hacían los soldados para levantar la imagen, se rio, negó con la cabeza y mandó por el coronel Bernegal y Bernardo Ríos. Les ordenó cargarla, sin éxito.

Fue Bernardo Ríos quien sacó su pistola, apuntó en el corazón de la Virgen y ahí mero le clavó tres tiros. Eusebio Escamilla miró con resentimiento a Bernardo. Los revolucionarios se retiraron de la casa sin darse cuenta de que en el pecho de la Dolorosa escurrían unas gotas de sangre y de sus ojos salía una lágrima.

Lucila Morrongo ordenó incendiar las casas de Mextepec, esparcieron las llamas y se alejaron hacia lo más alto del cerro. La lumbre que inundó al pueblo pronto iluminó la noche y se ennegrecieron los cielos. La luna apareció entre las nubes teñida de rojo. Los fuegos devoraban

los tejabanos, los muros caían y morían los árboles carcomidos en infiernos. A lo lejos se miraban los cuerpos deformados de los jinetes. Los soldados veían sombras que corrían entre los escombros. Algunos aseguraron oír los alaridos de los habitantes. Otros dijeron que las puertas de las casas se cerraron con violencia. En el interior de la vivienda de los Linares, el nicho de la Dolorosa se deshizo en cenizas.

Caminaron por la calzada de los Sauces, los soldados miraron las ramas y algunos recordaron a los colgados de otros pueblos. El coronel Bernegal pensó: “Tantos muertos que llevamos sobre nuestros caballos y aquí no hubo ninguno, cuánta soledad...”. Levantó los ojos y clavó su mirada en la rama más alta del sauce. Gritó al ver un tecolote que observaba fijamente el andar de la tropa. Tomó su carabina, apuntó y de un solo tiro asesinó al ave. Al ver que cayó el tecolote, la sombra que colgaba del peral gritó: “¡No saben

lo que han hecho!”. El alarido hizo eco por cada uno de los caballos, pero ninguno de los soldados lo escuchó.

Cuando llegaron a lo más alto del cerro de la Luna miraron en lontananza los restos de Mextepec. La humareda seguía ascendiendo en el crepúsculo de la mañana, se detuvieron y Lucila Morrongo ordenó: “¡Vamos para Tecaxic, cabrones!”. La tropa se perdió entre las veredas de los cerros.

Días después, se encontraron en un llano que atraviesa el Cerro del Molcajete, ahí los esperaba un millar de soldados oficiales. La tropa de Lucila Morrongo caminaba con la guardia baja, recordando los sucesos de Mextepec. Lucas Venta, el vigía de los revolucionarios, miró a los oficiales, pero antes de regresar y avisar a la generala, cayó desparramado de su caballo.

Ese día murieron los trescientos que conformaban el ejército de Lucila Morrongo.

Todos tenían el tiro de gracia en el pecho. Su rostro reflejaba terror y los soldados quedaron con los ojos abiertos, con los ojos del sufrimiento. La generala fue la última en morir. Cuando miró que todos sus hombres habían perecido, bajó de su caballo. En su cabeza resonó un murmullo que le decía: “Polvo somos...”. No esperó el encuentro de un rival, tomó su pistola y la incrustó en su pecho.

Por el velo de la Virgen escurrió la sangre de Lucila Morrongo.



## EL HIJO DE LAS GÜERAS

“El niño estuvo llorando toda la noche”, dijo Güera Toña cuando vio las ojeras formadas en el rostro del pequeño. El niño estaba dormido, con la cara pálida y los ojos hinchados. “Cada vez está más flaco”, pensó, al verle el torso desnudo.

Güera Toña salió temprano de su casa, llevaba sus cubetas colgadas a la espalda y se encaminó hacia el molino de doña Lupe Colín. Debajo de sus pechos tenía un rebozo atravesado en el que montaba a su hijo. Después de encargar sus cubetas en el molino, caminó hacia la nopalera; ahí, antes de llegar a la cuesta, se encontraba una pequeña casita rosada, abrió el portón y se adentró lentamente. “¡Ya llegué!”, gritó. Pancha Güera bajó las escaleras y al ver a su hermana pensó: “Cada vez llega más temprano”.

Las mujeres se encontraron en la cocina. Güera Toña desató su rebozo, puso en los brazos de su hermana a su hijo, después le dijo: “Toda la noche estuvo muy inquieto...”. Pancha Güera acarició los cabellos del niño, le miró los ojitos y pensó: “Todavía tiene hambre”. Güera Toña dijo: “Al rato vengo, te lo encargo”. Se dirigió al molino.

Pancha Güera envolvió al niño en el rebozo, lo amarró en su espalda y así comenzó su quehacer. Pasadas unas horas, el niño lloró. Los llantos disminuían al sorber el agua de hojas. “Yo sé que tú quisieras leche, pero es lo que hay”, pensó. Cuando él sació su sed, los ojos se le apretaron, la mujer se lo llevó y ahí le acomodó una camita. Lo aseguró con unos gabanes y lo dejó dormido.

Dionisia Güera apareció en el lugar donde dormía el niño. Lo miró por un tiempo. Le descubrió el cuerpo, apretó sus cachetes,

luego dijo: “Tú no saliste güero, tú saliste como los tequilas”. La anciana empezó a reír desquiciadamente. Dionisia Güera levantó al pequeño, lo zangoloteó de lado a lado. No despertó. Dejó al niño paralizado en lo alto del cuarto, se trenzó los cabellos, luego volteó a verlo. Lo bajó y lo colocó de nuevo en su lugar. La anciana volvió a reír.

La mujer miró que el niño bostezaba, se percató de que sus ojos estaban abriéndose. Antes de que despertara, la anciana dijo: “Te voy a besar la frente, no vaya a ser que te eche ojo y agarres mi aire...”. Preparó un escupitajo y lo lanzó hacia la frente del pequeño, con su lengua le esparció la saliva por la cabeza. Al ver la frente húmeda del niño, Dionisia Güera volvió a reír. Luego se fue.

Pancha Güera escuchó un llanto, corrió hacia su cuarto y se dio cuenta de que el niño estaba destapado y tenía mojada la frente. Al verlo dijo:

“Qué frío hace aquí y tú sudando...”. Le limpió la cabeza, lo tapó y otra vez intentó dormirlo. Él seguía inquieto. La mujer le acariciaba la espalda, lo arrullaba de lado a lado. Le miró el rostro, notó que estaba pálido: “Se me hace que te dio aire, ¿verdad?”, le susurró al oído, luego sonrió calladamente.

Por la noche, regresó Güera Toña, venía con los pies resecos y la boca llena de sed. Cuando su hermana la vio sentada en la silla le dijo: “Fue un día muy pesado”. La mujer asintió y fingió que dormitaba. Güera Toña le preguntó: “¿Dónde dejaste a mi hijo?”. Ella bajó la mirada: “Está allá arriba, todo el día se la pasó llorando”. Güera Toña negó con la cabeza, vio a su hermana como recriminándola. “Seguro ésta le echó ojo”, pensó.

Ambas subieron y se quedaron fijas al ver que el niño reía e intentaba atrapar algo con las manos. Pancha Güera dijo: “Ya lo vinieron a ver...”, su hermana le reclamó con los ojos.

Tomó al niño en sus brazos, le besó la frente y pensó: “Qué húmeda tiene la cabeza...”.

“Nos vemos mañana, Pancha, descansa”, dijo Güera Toña, y se dirigió a su casa. En medio de la noche caminó de prisa, apretaba a su hijo hacia su regazo y pensaba: “Cuídame, Señor”. Al pasar por el molino de Lupe Colín se dio cuenta de una luz que se apagaba, susurró: “Ellos duermen y nosotros apenas vamos...”, volvió a apretar al niño.

En la calle de las nopaleras, notó unos bultos que se amontonaban afuera de la casa de las Chirgas, al pasar frente a ellos escuchó: “Señorita, váyase con cuidado...”. La Güera tembló al oír las palabras del teporocho, corrió. Detrás de ella sintió unos pasos que se acercaban. Caminó más rápido. No quiso voltear. Al dar la vuelta en la empedrada oyó un estruendo que venía de atrás.

El teporocho se había caído y su cuerpo giraba en el suelo. Le fue imposible levantarse.

Alzó la mirada al cielo, se dio cuenta de la presencia de una sombra, una sombra que dejaba caer un peso sobre su lomo. El hombre intentaba gritar y no podía, su cuerpo estaba paralizado. “¡Ya se me subió... ya se me subió!”, nadie lo escuchó. Al llegar a su casa, Toña se acomodó en su petate, acurrucó a su niño, sacó uno de sus senos y lo incrustó en sus labios. Un sueño pesado envolvió a la Güera.

Al día siguiente, Toña tenía el pecho de fuera, su hijo lloraba, intentó amamantarlo, pero no salió leche. La mujer dijo: “Te la acabaste toda, cabroncito”. Fue al fogón y preparó un té de hojas.

Cuando iba de camino a la casa de su hermana, en el cruce de la empedrada y la calle de las nopaleras, se formó un montón de gente. Rodeaban un cuerpo que estaba tirado en medio del camino. Güera Toña se acercó, pero unas mujeres la detuvieron: “No te acerques, mujer,

es un difuntito, no vaya a ser que le haga mal a tu hijo”. La Güera sintió un escalofrío en la espalda, las rodillas le temblaron, tapó los oídos de su niño y pensó: “¿De qué habrá muerto?”. Unos murmullos le llevaron lo sucedido. “Cuando lo vi, ya estaba todo negro, a mí se me hace que se ahogó de briago”; otros decían: “¿Viste la cara que tenía...?”. La mujer se asustó al escuchar aquellos rumores, caminó más aprisa y pensó: “¿Qué le habrá pasado?”. Al llegar a la casa de su hermana, Pancha preguntó: “¿Qué te sucede?, estás muy pálida”. Güera Toña respiró con fuerza: “Mi cubeta me pesó más que ayer”. El silencio arropó la casa.

Los días pasaron y el niño siguió llorando. Su cuerpo se reducía a huesos y en sus ojos se pintaban unas ojeras negras. Güera Toña lo miraba y quedaba como pensativa. Acarició sus cabellos y las lágrimas de la mujer inundaron el rebozo con el que era cubierto el pequeño.

Fue entonces que, después de dejar al niño con su hermana, Toña cambió la dirección de su paso, abandonó la cubeta con Lupe Colín y enfiló hacia la parroquia. En la iglesia no había nadie. El silencio rondaba por cada uno de los rostros de los santos. La mujer se sentó en una de las bancas, su llanto salió repentinamente. Vio un velo negro, alzó la mirada y pensó: “Tú que también fuiste madre, entiéndeme, dame fuerzas...”. Cerró los ojos y en la iglesia se escuchó el eco de sus reclamos, los golpeteos de sus lágrimas.

El padre Vilchis salió, escuchó los sollozos, se acercó a Toña, la miró algunos segundos y luego dijo: “Hija, ¿qué pasa?”. La mujer lo vio con unos ojos que deseaban compasión. Güera Toña besó la mano del sacerdote, y sin soltarla le dijo: “Padre, déjeme que me confiese”. Él se alejó, se encaminó hacia el confesionario, besó su cruz y con las manos pidió a la mujer que se acercara.

Toña caminó temblorosa, se puso de rodillas, mojó sus labios; antes de decir la palabra, respiró profundamente y pensó: “Ilumíname...”.

—La paz esté contigo— dijo el padre Vilchis, haciendo la señal de la cruz sobre la frente de la mujer.

—Bendíceme, porque he pecado...

—Todos hemos pecado, hija.

—Mi hijo se está haciendo flaco, padre; le juro que siempre lo alimento, no sé qué es lo que pasa. Ya han sido varios días así, por las mañanas ya no me queda gota alguna en los pechos, pero mi hijo sigue hambriento, como si no hubiera comido nunca... —ella calló por unos segundos.

El padre Vilchis la miró. Toña no pudo evitar llorar, su confesión se interrumpió por los sollozos.

—Sigue, mujer.

—No entiendo lo que está pasando...

Temo que alguien le haya hecho algún mal, pero a mi hijo no lo ha visto nadie más que mi hermana. Dígame, padre, ¿usted cree que sea mi hermana quien quiere hacernos daño...?

—¿Por qué piensas eso?

—Ella nunca pudo tener hijos. Todas las mañanas voy a dejárselo a su casa. Padre, yo tengo que trabajar y ella es quien me lo cuida. Es tan buena, tiene su carácter, pero Pancha no es una mala mujer. Pero es la única que lo ha tenido cerca...

—Piensa bien lo que dices.

—¡No puedo más!

La mujer se levantó del confesionario y salió corriendo de la iglesia tapándose el rostro. Toña sintió que los santos la miraban. La puerta

le pareció lejana y a cada una de las vírgenes le escurrían lágrimas. La salida se extendía infinitamente y la mujer no podía llegar hasta allá. Cuando por fin lo logró, gritó con todas sus fuerzas: “¡Perdóname, hermana!”. Al verla salir, el padre Vilchis pensó: “Ojalá encuentres la paz, mujer”. Se levantó y sintió una vibra extraña en la iglesia; un aire pesado envolvía a cada uno de los santos. Se persignó mientras decía: “Los vientos ya se acercan...”. Las manos del sacerdote temblaron.

Güera Toña caminó por las calles del pueblo, estaba pálida y sus pómulos se habían hinchado. Sus labios se movían bruscamente y sólo pensaba en su hijo y en su hermana.

Al andar por la empedrada recordó su cubeta de masa, hoy no había ido por ella. Cuando quiso regresar, se encontró a doña Pilar Roja. “Buenas tardes, doña Pilar”, dijo Toña con la mirada agachada. La anciana la observó de arriba

abajo: “Buenas tardes, Güera, ¿cómo te va?”. Toña se sintió extrañada, pues doña Pilar era una mujer que no acostumbraba intercambiar palabras con sus vecinos, pensó: “¿Qué le pasa?”. Después de unos segundos de silencio, doña Pilar dijo: “¿Qué callada eres, niña!, ¡mira cómo tienes esos ojos! ¿Qué te pasó?”. Toña contestó: “Es mi hijo...”. Doña Pilar negó con la cabeza. Acarició los brazos de Toña mientras le decía: “Ya sabía yo que a ti te pasaba algo”. Miró sus senos y le preguntó: “¿Todavía tienes leche?”. Al escucharla, Güera Toña sintió un escalofrío que subía y bajaba por su columna. Empezó a llorar, se apretó los senos: “¡Parece que son inservibles!, mi hijo se está muriendo...”. Al ver que la Güera se desesperaba, doña Pilar sonrió: “Ya sabes dónde vivo, veme a ver cuando puedas...”. Después se alejó.

Toña decidió que ese día no trabajaría, sintió unas profundas ganas de abrazar a su hijo y

pedirle perdón a su hermana. Corrió por la calle en dirección a la casa de Pancha. Al llegar a la esquina de la nopalera, se dio cuenta de una cruz de madera incrustada cerca de la zanja. No quiso leer el nombre de quien ahí penaba.

Más adelante, la mujer miró las figuras que se formaban en los nopales que rodeaban el camino. Encontró que en las pieles de las plantas se aparecían unos rostros. Fue uno de los nopales más grandes el que hizo que Toña se petrificara. Al pasar frente a él, la mujer se dio cuenta de que estaba rasguñado, como si alguien le hubiera pasado un machete por encima, como si lo hubieran intentado matar. Impulsada por una vibra atípica, Toña acarició al nopal, estaba casi ida y no sintió las espinas que se clavaban en su mano. “¡Qué dolor tienes...!” De pronto los pensamientos de la mujer se llenaron de un color rojizo, imaginó a su hijo empapado en sangre, en su hermana manchada con las manos negruzcas.

Recordó a doña Pilar, las risas de la anciana la aturdieron, también resonaba su voz chillona: “Yo sé lo que te pasa... yo sé lo que te pasa...”.

Güera Toña volvió en sí, sacudió la cabeza, miró su mano paralizada por las espinas, sintió un cosquilleo, luego una mano que le tocaba el hombro. Volteó temerosa y escuchó un murmullo: “Te espero por la noche...”. Miró el rostro oscuro de doña Pilar formando las palabras. La anciana le ayudó a quitarse las espinas. Toña pensó: “Pero si ella ya se había ido”. Pasaron varios minutos; mientras ambas mujeres intentaban quitar las espinas, doña Pilar dijo: “¿Por qué lo hiciste?, estos cabrones son traicioneros” y señaló a los nopales. Toña respondió: “Escuché que me llamaban...”. La anciana rio, luego dijo: “Ya no escuches más...”. La vieja caminó deprisa, perdiéndose entre el polvo levantado por el viento.

Para el medio día, Güera Toña llegó a la casa de su hermana, de golpe abrió la puerta. Fue en búsqueda de su hermana e hijo, subió las escaleras y descubrió que ella lo cargaba, intentaba arrullarlo, le dio un beso en la mejilla y lo dejó recostado. Al ver esto, Toña sintió un peso extraño sobre sus corvas, un remolino sacudió el cuarto. Pancha volteó: “¿Qué haces aquí?”, preguntó asombrada. Toña la miró un instante, como desfalleciendo, se tiró de rodillas, besó los pies de su hermana: “¡Perdóname, que he injuriado contra ti!”. Lloró, lloró casi acabándose sus lágrimas.

Pancha le acarició sus cabellos, intentaba levantarla, pero no podía. Cuando el llanto de Toña cesó, su hermana le preguntó: “¿Por qué lloras?”. Toña respondió: “Es mi hijo, es mi hijo, se está muriendo y no puedo hacer nada...”. Pancha miró al pequeño, acarició tiernamente su nariz y le dijo: “¿Verdad que tú vas a crecer

grandote?, ¿verdad?”. Toña la miró atónita, volvió a llorar y pensó: “¿Cómo pude acusarla?”. Abrazó a su hermana y le dijo: “Cuídamelo, por lo que más quieras, cuídamelo”. Pancha estrechó a su hermana, mientras una lágrima silenciosa le escurría por el rostro.

“Quiero quedarme con él”, dijo Toña. Tomó a su hijo en brazos y salió de la casa. Pancha la miró mientras cruzaba la puerta. Detrás, comenzaron a aparecer unas mariposas diurnas; luego, un viento elevó los cabellos de Pancha. De entre el polvo esparcido por los insectos apareció la figura de Dionisia Güera, su quexquémetl se había ennegrecido y todo su cuerpo estaba cubierto de tierra, desprendía un fuerte olor a humedad. Al ver a sus nietas pensó: “¿Qué les espera?”. Pancha sintió una mirada que la atravesaba, volteó repentinamente hacia atrás y se percató de que en el pequeño espejo de su habitación se arrebolaban unas mariposas

diurnas, al verlas lanzó un fuerte grito. Con su rebozo las golpeó, cuando la tela alcanzó a tocarlas, fueron desdibujadas por un viento quedito.

Al salir de la casa, un sol tibio calentaba la calle. Los vientos arreciaban. Toña caminó unos metros, abrazaba a su hijo con fuerza. Anduvo aprisa, se dirigió hacia su casa, pero en ese momento escuchó los murmullos: “Muchacha, muchacha...”. No quiso voltear, temía por su hijo, caminó unos cuantos pasos más y volvió a oír los murmullos: “Muchacha, muchacha...”. El cielo repentinamente oscureció, los vientos se enfurecieron y trajeron consigo el vuelo de una parvada de tordos. Toña miró a las aves, graznaron y de entre los graznidos se formaron más palabras: “Muchacha, muchacha, cuídate...”. Las nopaleras se acercaron rápidamente hacia la posición de la mujer, el camino se estrechó y Toña sintió una extraña sensación de pesadez.

Cuando el viento se detuvo, una columna de polvo se levantó por la calle. Toña había tapado el rostro de su hijo. Tenía la vista borrosa, el polvo se incrustó bajo sus párpados. La penumbra disminuyó rápidamente, en el momento en que las tonalidades de la calle volvían, Toña pudo ver la sombra de una anciana que surgía de entre los polvos. “Aléjanos de todo mal”, pensó. Cerró y abrió los ojos varias veces, intentando desdibujar la figura. El murmullo se oyó más cercano: “Cuídate, muchacha, cuídate”.

Centenares de mariposas diurnas volaron sobre su cuerpo; cuando se perdieron en la lejanía del cielo, regresó el figurín de la anciana. Toña miró que aquella mujer se acercaba: “¿Qué quieres?, ¡ya vete de aquí!” gritó. La anciana no respondió, caminó hacia ella y de un golpe le arrebató a su hijo. Lo sostuvo en sus brazos, le acarició la frente y luego dijo: “No llores más...”.

Toña abrió los ojos, su hijo seguía en sus brazos y apenas había caminado unos cuantos metros. Giró su mirada por todas las direcciones y se dio cuenta de que en la calle no había polvo, los vientos dormían y el sol seguía calentando. Suspiró. Vio a su hijo y se fue. Cuando ya estaba lejos, sintió que una mano tocaba su espalda. Al voltear, miró el rostro de Pilar Roja. Toña tembló, sus piernas se paralizaron, luego escuchó que la anciana dijo: “Vámonos, que aquí el aire está muy pesado”. Sin saber por qué, fue impulsada, Toña se encaminó hacia la casa de doña Pilar Roja.



## SON SÓLO HUMO...

El aire del patio se llenó de unas luciérnagas de fuego, volaban todas juntas, y eso era lo único que se veía en la oscuridad formada por los humos. Las vigas de la casa se cayeron. La columna de humo era vista por todos los rincones de Mextepec.

Los vecinos intentaron apagar el fuego, pero no pudieron. Un valiente decidió entrar envuelto en una cobija para ver si lograba rescatar a los niños, salió al instante con el trapo hecho cenizas. Las horas pasaron. Fue el viento quien esparció las llamas y fue también quien las apagó. Cuando las personas entraron, percibieron el olor penetrante de la quemazón. Movían las maderas buscando a los niños, con la esperanza de encontrarlos todavía vivos.

El padre Vilchis se había quitado la sotana. Fue el primero en entrar a buscar a los niños. Le siguió Alfonso, Lucha Leónides también entró. Catalina Chirga y Dimas Gonzaga levantaban las vigas caídas. “¡Ya encontré a uno!”, gritó Dimas Gonzaga; entre varios quitaron los restos del sincolote, había mazorcas quemadas repartidas en el suelo. En medio del tizne se formaba la silueta de un pequeño con los brazos extendidos, sólo estaban sus zapatitos y algunos huesos que no terminaron en ceniza, lo demás era polvo. Dimas Gonzaga se horrorizó al ver lo que quedaba del niño, gritó: “¡Nadie se merece esto!”. El padre Vilchis llegó corriendo, se colocó de rodillas y Juana Checho le pasó una vela, la encendió mientras decía: “Padre nuestro que estás en los cielos...”. La oración se interrumpió por los sollozos del sacerdote. Fue él quien reconoció los zapatos del niño Manuel.

Antes de que la gente terminara de decir el “Amén” se escuchó el grito de Lucha Leónides: “¡Aquí quedó el otro!”. Corrieron hacia el interior de la casa de Sabás, en medio de la sala estaba la mitad de un cuerpo. Era sólo el torso y un rostro desfigurado, cadavérico, los brazos le cubrían parte de la cara, aún se alcanzaban a ver los gestos; cerró los ojos y apretó los labios. Alfonso pensó: “Este fue el único que supo que iba a morir, le dio tiempo de agarrar valor”. Ahí también se encendió una vela. El sacerdote reconoció que se trataba de Josué, pidió a los hombres que tomaran su cadáver con cuidado y lo llevaran hasta donde quedó el niño Manuel. Cuando Dimas Gonzaga tuvo en sus brazos el cadáver, miró cómo le escurrían las cenizas, y pensó: “Así se hace la sangre cuando la lumbre quema”, cerró los ojos y apresuró su paso. Más tarde le pidió al padre Vilchis que le esparciera agua bendita en los brazos.

El cuerpo del niño Lalo fue el que más tardaron en encontrar. Ya estaba entrada la madrugada, la casa era iluminada por un sinnúmero de cirios. La gente decía que en las muertes dolorosas, las ánimas necesitan más luz. Mientras unos seguían en búsqueda del cuerpo del niño Lalo, otros rezaban el rosario.

El padre Vilchis se acercó a Alfonso y le dijo: “¿Alguien ya le avisó a Sabás?”. Alfonso bajó la mirada: “Unos hombres fueron a buscarlo a la milpa”. Cuando terminó de decir esas palabras, la puerta se abrió violentamente. Era Sabás. Su rostro se había puesto blanco, unas arrugas le invadieron repentinamente la cara, las lágrimas escurrían: “¡Mis niños, mis niños!, ¿por qué así?”. La gente intentaba consolarlo. Sabás lanzaba alaridos, empujaba a los que trataban de detenerlo y nadie lo dejaba pasar hacia donde estaban los restos de los dos niños. El sacerdote

se acercó a Sabás, le acarició la cabeza: “Ya están en un lugar mejor, déjalos descansar”.

Buscaron una silla y ahí dejaron sentado a Sabás, el anciano parecía inmóvil, los ojos los tenía congelados, no hacía ningún gesto. Cuando pasaron algunos minutos, Sabás comenzó a tocar el aire, intentó abrazarlo, la gente lo miraba con extrañeza, movía los brazos violentamente, luego apretaba las manos. Al final dijo: “Son sólo humo”.

Juana Checho rompió el silencio de la casa: “Vengan a ver esto, vengan”. Corrieron hacia donde estaba la anciana. Sabás fue el único que se quedó inmóvil. En la cocina de humo, cerca del fogón, revoloteaba una decena de mariposas diurnas. Volaban en círculos, golpeaban las paredes, después se petrificaban encima del fogón apagado. Todas caían repentinamente al suelo. Dimas Gonzaga se agachó para tomar una, cuando apretó el ala e intentó levantarla, la mariposa diurna se transfiguró en cenizas.

Juana Checho se dirigió a la gente: “El difuntito debe de estar por aquí cerca, éstas andan volando porque sienten el dolor, búsqúenle acá”, señaló el fogón. Se dieron cuenta de que una mariposa diurna revoloteaba en un rincón de la cocina; al llegar al lugar donde estaba una mesa, el insecto se petrificó y cayó. Los hombres levantaron el mueble, ahí debajo encontraron al niño Lalo. Era el único que tenía el cuerpo completo, quedó dormidito, su rostro transmitía tranquilidad. Al verlo, Juana Checho pensó: “Este era el más pequeño...”. Fue el sacerdote quien cargó en sus brazos a Lalo. La gente quedó petrificada cuando vieron que el niño recargó su cabeza en el regazo del padre. Una sonrisa se dibujó en el infante.

Al estar ya los tres niños reunidos, la gente pidió a Sabás que se acercara y les diera unas palabras de tranquilidad. El anciano se deshizo en lágrimas, acarició los cuerpos y tomó en sus

manos las cenizas. De rodillas contemplaba la muerte de los pequeños. Alzó el rostro a los cielos gritando: “¡Eran sólo unos niños!”, luego regresó lentamente a su silla y volvió a quedar como petrificado.

Para el amanecer, los rezos continuaban, en el patio estaban presentes tres cajitas blancas, ahí habían depositado a los niños. “María, esperanza nuestra, ten piedad de los niños que sufren”, dijo el padre Vilchis. La gente respondió: “Que así sea”. Cuando todos quedaron en silencio, se escuchó la melodía del cantor. Sabás giró la cabeza y vio entrar al hombre acompañado de su hijo. La casa se llenó de armonías musicales y por el saxofón del cantor escurrieron un par de lágrimas. Sabás miró las cajas de los niños, su vista se llenó de unas luces anaranjadas, giró para todos lados y se encontró solo. Únicamente oía el canto del saxofón.

Las ruinas de su casa transmitían una peculiar tranquilidad. Miró que la puerta se abría. Sus nietos regresaban corriendo, sus cuerpos estaban enteros, sólo sus ropas y cabellos tenían las manchas del tizne, bailaban y reían. Se montaron en los ataúdes, abrieron las puertas, miraron a Sabás, levantaron sus manos como saludando y al unísono los niños gritaron: “¡Descanse en paz, abuelo...!”.

Fue la última vez que Sabás cerró los ojos, luego los mantuvo abiertos por largas noches. Cuando los abrió, el cantor ya no estaba en su casa. Miró a su alrededor dándose cuenta de la presencia de la gente que lo acompañaba en el velorio. Unos dormitaban, otros seguían torpemente el rosario.

Al día siguiente, una caravana se dirigió hacia la iglesia, las campanas repicaron y al término de la misa se llevaron a los niños hacia el panteón. Tocarón melodías alegres. La gente que cargó

a los difuntos aseguró que sobre sus hombros cayó un peso que no pertenecía a los niños. “Se me hizo eterna la caminata...”, dijo Malaquías Jiménez, bajó la mirada y pensó: “Como que no querían irse...”.

Cuando los ataúdes estuvieron en lo más profundo del hoyo, los hombres aventaron la tierra. En la casa de Sabás, los niños salieron buscando la música del cantor. Sólo Obdulia Alcántara y la Loli los vieron irse detrás de la melodía. Al verlos correr por la calle, Obdulia dijo: “¡Qué niños tan traviesos!”. La Loli se acercó a la casa de Sabás y abrió la puerta, luego comentó: “No voy a cerrar, quizá regresen”. La calle quedó sola, únicamente perfumada por el olor de la quemazón.

Después de las tres de la tarde, Sabás regresó a su casa, llevaba un paso desganado. Ya no pudo llorar. Al llegar a la nopalera miró su puerta entreabierta y dijo: “Olvidé cerrarla”. Se

metió en su casa y no volvió a salir. En la calle se  
arrebolaron unas mariposas diurnas.

Las noches corrieron efímeras en el tiempo  
que duró el novenario...

## CANUCO EL VIEJO

Y es que dicen que en esa casa han habitado todos los Canucos. Son arrieros y pasan su vida de pueblo en pueblo. Sólo regresan cuando sienten los albores de la muerte. Retoñan acompañados de su hijo. Un hijo igualito a ellos, con la misma cara y los mismos ojos. También es llamado Canuco. Cuando Canuco el viejo cumple los setenta años, vuelve al pueblo y cuando Canuco cumple veinte años, se va del pueblo. Cada que llega, las tierras se vuelven fértiles y las gallinas crecen gordas y ningún puerco se muere y llueve cuando tiene que llover. Así ha sido siempre.

La gente no sabe cuántos Canucos han vivido aquí. Todos son tan iguales que no se distingue el rostro del vivo del muerto. Nunca los entierran en Mextepec. Sus tumbas son las veredas que han caminado, los pueblos vecinos

y la tierra de los montes. Aquí no hay rastro de la muerte de los Canucos. Aquí sólo existe un Canuco y es Canuco el viejo.

Canuco el viejo conoció la tierra cuando todavía no estaba labrada. Según dicen, él fue quien trajo el carbón a estas tierras. Otros dicen que en uno de sus viajes regresó con una bebida que ahora es llamada el aguardiente. Nunca ha sabido hacer negocio con sus mercancías, siempre las termina regalando, siempre termina revelando los secretos para hacer ricos a otros y no a él. Canuco el viejo siempre ha dicho que su destino es ser errante, que él pertenece a la tierra y sus pies al camino.

Los Canucos han vivido todos los sucesos de este pueblo. A su regreso saben quién morirá, también saben cuántos hijos tendrán las mujeres. Canuco el viejo enseña a su hijo Canuco las artes de ser arriero. Le ha mostrado el sentimiento de no apelar ni enmarañarse con

lo estático; más bien, le ha enseñado a valorar el cauce de los tiempos. Hay algunos que piensan que el trayecto de los Canucos es muy amplio, pero la realidad es que ellos regresan en un abrir y cerrar de ojos. Sólo los viejos dicen: “Ya se ha ido Canuco, ¿cuándo volverá?”, cierran los ojos y cuando las penumbras cubren sus sueños y el frío arropa sus cuerpos, despiertan otros viejos diciendo: “Ya ha llegado Canuco, veamos qué nos ha traído”.

La vida de Canuco el viejo se acaba al pasar los pueblos que sus antepasados han recorrido. Nadie ha sabido a qué edad mueren los Canucos. Sólo se sabe que el Canuco de más edad se va con el Canuco joven. Los abriles pasan, las milpas viven y vuelven a morir y el tiempo languidece. Cuando anochece se ve bajar de los cerros a unas sombras con los pies arrastrados, arriando sus mulas y mirando los cielos. Las dos sombras bajan lentas. Caminan las piedras de las calles y

llegan de noche para no alarmar a los vecinos. Luego se esconden entre sus adobes, bajo el brillo de las lunas grisáceas.

Ya para el domingo salen a la plaza, extienden sus petates y ponen ahí las mercancías. En cuclillas aguardan los rayos implacables del medio día. Los curiosos se acercan a ver a los Canucos. Los viejos saludan y preguntan: “¿Qué vientos van a soplar?”. Canuco el viejo responde: “Los vientos que siempre han soplado”, sonrío y agacha la mirada. Los viejos vuelven a preguntar: “¿Qué tal será la cosecha de este año?”. Canuco el viejo calla, levanta los ojos hacia el cenit, suspira y dice: “Mejor que las pasadas y peor que las próximas...”. Los viejos ríen: “Siempre es igual contigo, Canuco”, luego se van.

Los Canucos son hombres huraños, ofrecen a las pláticas sólo sus silencios, frases mal hechas y miradas que enturbian a cualquiera. No muchos se atreven a hablarles, los saludan,

pero no les hablan. Sus ojos son grises, intensos y penetrantes, se esconden debajo de unas cejas pobladas donde escurren las gotas de sudor que bajan desde lo alto de la palma de sus sombreros. Su voz es rasposa, a veces no se entiende lo que está diciendo, su sonido es como el de los vientos cuando espanta los truenos: rasposa.

Es de noche. Canuco el viejo viene de la milpa, trae colgando en su espalda un montón de zacate seco. Su hijo arrastra a dos bueyes, los jala con una reata y cuida que no se adelanten. La luna destella sobre sus sombreros. Van bajando de las lomas, pasan las Tres Cruces. Al llegar a la casa de las Güeras, Canuco susurra a nadie: “Buenas noches...”. Dionisia Güera aparece entre las tinieblas, mira a Canuco y piensa: “¿Cuándo volvió?”. Lo ve perderse entre las sombras, pasan los bueyes y detrás de ellos pasa Canuco. Dionisia Güera piensa: “Este hombre ya se va a ir...”. Unos vientos queditos levantan

la tierra polvorienta. La mujer ve que detrás de los Canucos caminan sombras, sombras que tienen el mismo andar, el mismo rostro y los mismos ojos. Pasan frente a la casa y todos susurran: “Buenas noches”. Dionisia Güera los mira, no responde el saludo y piensa: “Estos Canucos, siempre tan extraños...”. Canuco el viejo detiene su paso, mira hacia atrás, pues sintió la mirada de la anciana; cuando vuelve los ojos, ella ya ha desaparecido.

“Los días han estado muy áridos”, piensa Canuco el viejo al mirar sus milpas coloreadas de amarillo. Su hijo está barbechando la tierra. Canuco lo observa y se da cuenta de que los tordos han bajado y caminan los surcos. Se oyen sus gritos. Canuco toma un montoncito de piedras, las lanza para espantarlos. Los tordos vuelan perdiéndose en el horizonte. Su piar sigue haciendo eco entre las tierras del monte.

“¡La rueda se ha detenido!”, grita Canuco mientras patear una de las llantas del arado. Canuco el viejo lo voltea a ver, se da cuenta de que los bueyes luchan por zafarse del montículo de piedras donde se ha varado la rueda. El viejo camina, se acerca con lentitud a la rueda; luego, se agacha y mira las piedras que se han prensado. “Llévate a los bueyes, quítalos de aquí”, indica Canuco a su hijo. El joven desengancha a las bestias y los lleva al otro lado de la milpa. Tarda en regresar. Los tordos planean sobre la milpa, graznan, se detienen, se oye el golpeteo de sus alas y luego el viento.

Canuco el viejo comienza a golpear las piedras, el pico se hunde sobre la tierra seca, de poco en poco se hace un orificio. La tierra se ha hecho dura. Canuco suda, caen las gotas sobre el polvo y se endurece más. Un tordo se planta en el arado. Canuco lo observa. El tordo lo mira fijamente. “¡Sácate de aquí!”, le grita. El ave huye.

Su hijo ve en la lejanía el esfuerzo que hace su padre. Canuco el viejo sigue escarbando, ha conseguido destrabar dos piedras, se agacha y las toma entre sus brazos, gime por el esfuerzo. Su hijo se acerca, lleva una pala y comienza a quitar la tierra. Pasan las horas y la llanta apenas empieza a liberarse. Canuco el viejo no se detiene. Ha conseguido destrabar la llanta, pero sigue escarbando. Su hijo respira con avidez, se recarga en las piedras y descansa. Ya ha hundido varios metros.

Canuco busca a su padre y se da cuenta de que está en el interior del hoyo, sólo su sombrero se asoma. Canuco el viejo grita: “¡Ven a ayudarme, Canuco!”. El joven se acerca, estira sus brazos hacia abajo. Su padre intenta destrabar una caja que se halla en el fondo de la tierra, la pateo y alcanza a moverla, con esfuerzo la toma entre sus brazos. Una vena morada se marca en el rostro de Canuco. Canuco el joven coloca la caja a un lado del arado.

Mira la caja con detenimiento, el joven intenta abrirla, pero es imposible. La caja sigue cerrada con un candado oxidado. Canuco el viejo toma el candado, le pide a su hijo que traiga la segadera, la incrusta en el orificio de la llave y el candado bota de un solo golpe. Los Canucos miran atónitos la caja entreabierta, aún tiene rastros de tierra. Canuco el viejo la abre. Sus manos tiemblan al ver en el interior una tela amarilla. El joven siente un escalofrío.

Canuco acaricia la tela, está impresionado por su tersura, siente que envuelve a algo. Saca el bulto de la caja, quita la tela y lanza un fuerte grito. Comienza a llorar, extiende los brazos al cielo: “¡Bendita seas!”. Su hijo se acerca. Ambos miran con admiración a una pequeña Virgen de los Ángeles, está resplandeciente. Canuco el viejo la toma en sus manos, se postra de rodillas y la Virgen queda en lo más alto. Unos vientos queditos resoplan sobre la milpa.

Los Canucos están de rodillas. Han puesto a la Virgen sobre el arado, las horas pasan y ellos siguen postrados. Una fuerza les impide levantarse. Ya la noche ha caído. Sobre las milpas se extienden las ráfagas lunares. Canuco el viejo ató a la Virgen en lo más alto de su arado, al verla ahí, pensó: “Ahora ella es nuestra protectora”.

Canuco trajo a los bueyes y los enganchó de nuevo en el arado, salieron de la milpa, pasaron por las Tres Cruces y se enfilaron por la cuesta del Buey. Caminaban con lentitud. Canuco el viejo gritaba: “¡Salgan, salgan, que ya ha venido la Virgen de los Ángeles!”. El joven gritaba: “¡Dueña y madre de este pueblo!”. Al oírlos, los vecinos se asomaron en sus balcones y puertas. Fue Pilar Roja la primera en salir; al ver a la Virgen, sus ojos se abrieron sobremanera, regresó a su casa y trajo consigo unos cirios que puso en cada lado del arado, comenzó a rezar. La

gente que salía se postraba de rodillas y seguía a los Canucos en procesión.

Doña Aureliana Gamboa salió a su balcón, miró el brillo de la imagen y se postró, bajó corriendo a despertar a su familia. Todos los Gamboa se encaminaron con la Virgen. “¡Salgan, salgan, salgan!”, se escuchan los gritos de la multitud. Inés Gonzaga se asomó a la puerta, vio el rostro de la Ángela iluminada por los cirios, buscó en su casa las veladoras, llevó todas las que pudo y las repartió a la gente. El camino de la cuesta se llenó de unas luces que luchaban contra el viento. Trini Corona también salió, se puso su rebozo y corrió intentando alcanzar a la procesión. Un montón de gente caminaba detrás del arado. Se formaban oraciones, cantos, sollozos. Caminaban como idos, de sus ojos escurrían lágrimas y sus pupilas se dilataban, no miraban al frente. Miraban al cielo, agradeciendo

a Dios por haberles permitido conocer a la Virgen de los Ángeles.

Al pasar frente a la casa de Sabás, el humo se coloreo de amarillo. Los niños salieron riendo, atravesaron a las gentes y luego desaparecieron. Obdulia Alcántara quedó en uno de los costados de la cuesta, se persignó y dijo: “Es la luz que las tinieblas no pueden borrar”. Miró a su lado y se dio cuenta de que la Loli estaba de rodillas, lloraba y decía: “Ayúdanos a encontrar el descanso eterno...”. Doña Obdulia comenzó a llorar, abrazó a su comadre y se difuminaron.

Al llegar a la nopalera, Canuco el viejo se detuvo. La procesión quedó en silencio, luego gritó: “¡De este pueblo todos los caminos son suyos!”. La procesión gritó frenética. Los hombres lanzaron sus sombreros al aire, los niños brincaron y las mujeres revoloteaban sus rebozos. De los costados de la nopalera llegaban

más personas, mujeres que cargaban a sus hijos y jalaban a otros, ancianos recargados en bastones.

Lucrecia Colín dirigía uno de los rezos, algunas mujeres le seguían la oración, besaba su escapulario. Tropezó con una roca y cayó en el camino. Las mujeres siguieron adelante. Lucrecia Colín no pudo levantarse. La gente pasó sobre ella. Un anciano le incrustó su bastón en el estómago. Una mujer le pisó el rostro. Lucrecia se llenaba de moretones, gritaba y nadie la oía. Cuando la procesión pasó, sólo quedó el cuerpo deformado de Lucrecia en medio del camino.

Los perros salían, ladraban ferozmente a la procesión, pero nadie los escuchaba. Al llegar a la casa de las Chirgas, los teporochos salieron. Dejaban en el suelo de la empedrada sus botellas. “¡Ella es el camino de verdad!”, gritaban al unísono. Las sombras se desdibujaban detrás del paso que había dejado la procesión. Algunos niños se quedaban desconcertados metros atrás,

sus madres los habían soltado y quedaban a su merced en las tinieblas. Un pequeño siguió caminando y fue entonces que una jauría de perros se abalanzó sobre él. Sólo la noche fue testigo de sus alaridos.

Los dos bueyes negros que jalan el arado tienen el lomo ensangrentado. Canuco el viejo los ha golpeado con el fuste para evitar que se detengan. Los cirios están terminándose y la madrugada sigue corriendo. La luna se ha coloreado de un tinte rojizo. Más gente sale. “¡Viva nuestra dueña, viva la Ángela!”, gritan los Canucos. Frente al molino de Lupe Colín, sale don Picorete Colín con un sahumerio en las manos. Lo pone sobre el arado y comienza un rezo. La procesión avanza. Una sombra emerge de entre una cruz incrustada en la empedrada. Nadie la mira. La sombra camina sobre la gente, llega hasta adelante, mira a la Virgen, se persigna y desaparece.

La iglesia se asoma en la calle, las puertas están cerradas y no se ve que alguien esté dentro. Las campanas suenan. Rufino Chinchol aparece en el campanario y con su rostro sombrío hace sonar la campana. Repica, repica, repica...

*Alma no estés tan dormida que en el cielo tengo flores...*, canta la gente al pasar por la empedrada. Las horas corren con prisa. Apenas van llegando a la casa de los Linares, de ahí nadie sale. Siguen adelante, *tengo a mi madre querida refugio de pecadores...*

Doblan en la esquina de la calle de los saucos. Dimas Gonzaga los espera en la puerta y mira a su hermana. La busca entre la multitud, al verla corre, juntos cantan: *Ven con la madre de Dios, alma no estés tan dormida...* Güera Toña mira desde su ventana. Ella no sale. Se ríe desquiciadamente al ver a la gente caminar. Todos pasan y ella distingue un rostro, distingue el rostro de Pilar Roja. *Ven hijo de mis amores,*

*ven ovejita extraviada, ven pronto a mi morada, que en el cielo tengo flores...*, repiten los Canucos. Alfonso Sacristán escucha los cantos de la multitud, siente que debe salir, pero un peso que cae sobre sus corvas no le permite caminar. Se tira en su petate y ahí llora hasta el amanecer.

El crepúsculo se levanta detrás del cerro de la luna. Nadie ha dormido. Los rostros de la gente se ven demacrados. Sus ojos trémulos se mueven lentos buscando la luz de la Ángela. Llegan a la calzada, de los sauces bajan los tordos, también se escucha el canto de un tecolote, Canuco lo ha oído y le dice a su padre: “Viste que ya cantó el malagüero...”. Canuco el viejo lo mira y queda en silencio.

Domingo Chiringuin camina encorvado, lleva en sus manos una veladora desgastada, mira a los cielos. En el enramado de los sauces se oscurece el crepúsculo. Unas sombras aparecen colgadas en las manos de los árboles. Domingo

grita, pues ha reconocido en una de las sombras el rostro de Francisco Barbón. La sombra de éste lo sigue con la mirada, levanta su brazo y hace una señal que Domingo no entiende. Domingo reconoce a otras sombras. Francisco Barbón intenta zafarse de la cuerda, en su agonía quiere mirar a la Virgen de los Ángeles. Lo ha logrado, la cuerda se ha desatado, pero cuando su sombra cae al suelo, se desvanece en polvo. Domingo grita, corre para contarle a Canuco lo que ha visto. Sube a la tierra que rodea el bordo y, cuando mira el brillo de la Virgen, su resplandor lo hace caer. Las hierbas que duermen en el agua lo atrapan, lo llevan al fondo.

Simón Tequila llega a la orilla del bordo, sigue mojado, y con los ojos amarillos busca a Güera Toña entre la gente y no la halla, regresa hacia el bordo. Cuando el agua comienza a llegarle al pecho, Domingo le toca la espalda, luego le dice: “No te vayas sin mí”.

Han terminado de pasar el bordo. Se asoman las puertas del panteón y la mañana se llena de frío. Cerca del medio día llegan a lo más alto del cerro de la luna. Canuco se postra y pone su rostro en el suelo, todos lo imitan, *alma no estés tan dormida que en el cielo tengo flores ...*, se oye el canto.

Los días han pasado. Quienes llegaron al cerro no han dormido, tampoco han comido. Los niños fueron los primeros en expirar, hay muchos tirados cerca de los árboles, algunos ya se han puesto negros y otros han sido carroñados. Los ancianos parecen dormir, pero en realidad la fatiga los ha matado. Algunos quedaron con los ojos abiertos contemplando a la Virgen, otros simplemente rodaron cuesta abajo. Las mujeres sostienen las velas entre sus manos engarrotadas. La cera les escurre entre sus dedos, en sus rostros se dibujan unas lágrimas reseca. Los hombres han quedado postrados. Duros y fríos.

Canuco el viejo se ha ennegrecido. Su rostro sigue mirando a la Ángela. Su hijo lo sostiene, los cuerpos parecen rocas. Los cirios que estaban puestos sobre el arado han perecido. El perfume del sahumero se esparce entre los cadáveres. Un olor a muerte invade el cerro. El aire se vuelve pesado.

Hay sombras que ya van bajando el cerro. Otras apenas vienen hacia arriba. Unos buscan, otros lloran, otros sólo quieren descansar. Se difuminan. Cuando se han ido, aparecen otras. El tecolote canta. Los bueyes no han podido escapar del arado. Una espuma se les ha formado en los hocicos y sus ojos se están poniendo blancuzcos. Han enflacado y sobre sus lomos aparecen unas moscas de ojos pastosos devorando las heridas.

Fue mucha gente la que murió adorando a la Virgen. Nadie recogió los cadáveres y pronto se volvieron tierra. Únicamente Canuco el

viejo tardó en desaparecer. Cuando los bueyes murieron, el cadáver de Canuco el viejo se difuminó en polvo. Su polvo fue esparcido por unas mariposas diurnas que rodearon a la Virgen. Al caer los bueyes, cayó el arado. La Virgen se desplomó de su nicho y se golpeó contra las piedras del monte. Su rostro se perdió en la finitud de un fragmento. Cuando su estruendo se oyó, unos vientos corrieron y elevaron por los cielos a los cadáveres. Los tordos volaron bajo la neblina formada entre el polvo.

Cuando el padre Vilchis llegó a lo más alto del cerro, se horrorizó al ver los montículos de cadáveres. En ninguno pudo reconocer un rostro. Todos tenían la misma cara, los mismos ojos y la misma pesadez. Se percató de los restos del arado, con sus dedos palpó la cera desparramada. Miró el cadáver de un anciano que sostenía en sus manos un montoncito de polvo. El padre Vilchis quiso abrir sus manos engarrotadas y,

cuando lo hizo, el cadáver de Canuco también se deshizo en polvo.



## UNA LARGA NOCHE

La noche en que Toña despertó estaba invadida por unos destellos lunares que se colaban a través de los huecos de su puerta. Buscó a su hijo y no lo encontró. Lanzó un grito, se levantó de la cama y pudo observar una especie de ave que se alejaba por los muros. Corrió hacia ella. Salió a la calle, mirando aquella figura puesta en lo más alto del tejabán. Lanzó unas piedras, rezó, pero aquel ser ya se había difuminado.

Regresó a su cuarto para buscar a su hijo, unos lloriqueos se oían asfixiados. Toña se dio cuenta de que el niño estaba arrumbado en una de las esquinas de la casa, sin ropa, con el torso morado y unas mordidas que le invadían los brazos y el cuello. Toña lo abrazó, le besó las heridas, sacó su seno y se dio cuenta de que se le formaron unas como venas negras alrededor de los pezones.

Lo apretó y le salió un líquido oscuro. Las corvas de la mujer se paralizaron. Gritó.

La calle estaba sola. Toña caminó con su hijo, caminó tan rápido que en un destello llegó a la casa de su hermana. Golpeó la puerta con tal violencia que Pancha gritó desde su alcoba: “¡Qué chingados quieren!”. Toña lloró con más fuerza, respondió: “Ábreme, hermana...”. Pancha bajó corriendo, destrabó el portón y la acarició. En la sala Toña le mostró a su hijo desnudo. Pancha tapó su grito con las manos. El niño parecía descolorido, manchado con unos moretones. Le acarició su cuerpecito, luego pensó: “Qué suerte tienes”. Toña no dejó de llorar, preguntó a su hermana: “¿Qué hago?, si no hago algo, este niño se va a morir”. Pancha respondió: “Vamos a la casa de la Roja”. Envolvió al pequeño en un rebozo, jaló a su hermana y juntas caminaron hacia la cuesta. Ahí, antes de llegar al cerro estaba la casa de Pilar Roja.

En el tiempo que duró el trayecto, Toña estaba como ida y pensaba: “Esa vieja fue, esa vieja fue...”. Al pasar por las nopaleras Toña recordó la sangre que se vertía en la penca del nopal. Siguieron caminando. Una niebla pesada se formó cuando cruzaron por la casa de Sabás. Pancha se persignó y aceleraron el paso. Unas risas queditas se perdieron con el alarido del viento. Cuando por fin llegaron a la puerta de la casa de Pilar, Toña dijo: “¡Que Dios nos cuide!”. Tocaron la puerta y unos minutos después la anciana salió con su fondo descubierto y los senos de fuera. Las mujeres se sonrojaron. Pilar les dijo: “Pasen, ya las esperaba”. La anciana las llevó a un cuarto oscuro.

Pilar regresó con una vela en la mano, ya tenía cubiertos los senos y la luz de la flama iluminaba sus labios pardos. Cuando habló dejaba ver unos dientes negros. Luego de poner

la vela en el centro, Pancha miró una gallina que salió corriendo del cuarto. Quedó fría.

—¿Qué pasa, mis niñas? —preguntó la anciana.

—Es mi hijo, mire cómo lo dejaron... —se le acercó. Doña Pilar tomó al niño en sus brazos, le acarició los moretones, sacó unas hierbas y se las pasó por encima.

—Tuviste suerte, niña; a éste se lo estaban comiendo, ¿cómo te diste cuenta?

—Fue el aire, me desperté porque me dio frío...

—¿Qué viste?

—Un animal que no reconocí, sólo le vi las plumas, pero no pude verlo bien, se subió al tejabán y ahí en la noche se perdió...

—Ése se lo estaba comiendo, ¿dónde encontraste a tu hijo?

—Tirado ahí en un rincón...

—Los niños son los más débiles...

—Ya lo sé.

Pancha escuchaba en silencio la conversación. El rostro de doña Pilar le llamó la atención, sus ojos estaban muy saltones y a veces se movían hacia lados diferentes. Cuando Pilar sintió la mirada de Pancha, giró su rostro, la miró fijamente y de sus labios escurrió una saliva negra. Pancha se paralizó, dejó de escuchar la conversación y lo único que podía oír era el graznido de un ave.

—Llévatelo a bañar al río en la madrugada, le pasas un huevo encima y lo vas a tirar al panteón, eso le quitará el aire.

—Gracias, doña Pilar.

Ya cuando el alba estaba naciendo, las hermanas salieron de la casa de Pilar Roja. Sobre el camino se esparció lentamente una línea de

luz anaranjada, el cerro se tiñó pardo y el cielo se manchó de sangre. Ninguna de las mujeres habló en el trayecto de regreso.

Al llegar a su casa, Pancha dijo: “Me voy a dormir, fue una noche larga”. Toña miró que su hermana se alejó con rapidez, luego le dijo: “Descansa, hermana”. Pancha no olvidó el rostro de la anciana ni el graznido. La mujer quedó inquieta, no pudo conciliar el sueño, pues cuando cerraba los ojos aparecía la boca de la anciana repleta de unos gusanos negros.

Fue una noche en la que Pancha preparaba el ocote para prender su fogón que escuchó el graznido de un ave. Salió de la cocina y asomó su mirada hacia el cielo, sólo encontró estrellas y la luna cobijada por una nube grisácea. Regresó a su fogón, lo encendió y vació el agua en la olla. Bajó a la sala, preparó sus ropas y pasada una hora volvió a subir al fogón, sacó el agua caliente y se enfiló hacia el baño.

Sobre el agua roció unos pétalos, esperó un momento, luego comenzó a desnudarse. Cayó su falda, luego su fondo, los senos brincaron liberados. Sólo la luz diurna iluminaba los pequeños vitrales del baño. El cuerpo de Pancha se coloreaba con el agua parda, acarició sus cabellos, vertió el agua sobre su cuerpo, acarició sus senos y pensó en su hermana. Pasó sus manos por los muslos y unos pétalos húmedos se estancaron entre sus piernas, con sus dedos los tomó y unas lágrimas brotaron. Pensó en su infertilidad, luego en el hijo de Toña.

Volvió a escuchar el graznido, cerró los ojos para alejar los ruidos. Sus pensamientos fueron invadidos por el rostro de Pilar, terroso, repleto de gusanos. Cuando volvió a vaciar el agua en su cuerpo sintió unos cosquilleos que subían y bajaban sobre su torso. Una comezón repentina. Al rasgar su piel con sus dedos se dio cuenta de unos puntos negros que le corrían por el cuerpo.

Gritó. Pasó su mano por el cabello y ahí también tenía gusanos, se le incrustaban en los oídos y en la boca. Salió del baño, al entrar en la sala y sentir la luz, percibió una infinidad de gusanos que le cobijaban el cuerpo. Se aventó el agua helada que reposaba en la tina, sólo así pudo quitarse los bichos. La comezón no reducía y sin vestir salió a la calle. Corrió desnuda por la noche.

Al abrir los ojos sintió el agua tibia sobre su espalda, un olor a flores perfumó el baño, palpó su desnudez, no halló nada extraño. Miró el suelo todavía húmedo, el fondo del bote se veía transparente. Fue hacia la sala y notó que su cuerpo temblaba, se vistió con rapidez y durmió hasta tarde.

Por la mañana, Toña llegó a la casa de su hermana, miró todo apagado, sólo una sensación extraña envolvía al lugar, gritó: “¡Pancha!, ¿dónde estás?”. Se metió en la sala y miró correr un gusano, lo aplastó con fuerza y

pensó: “Esta mujer no ha barrido”. Pancha bajó de las escaleras, su rostro estaba muy pálido y el cabello se le veía opaco. “¿Qué te pasó, Pancha?”, preguntó Toña. “Nada... dormí mal”, respondió. Ambas mujeres se quedaron en silencio, luego Pancha comenzó a llorar. Se rasguñó los brazos mientras gritaba: “¡Estaban encima de mí!”. Toña preguntó: “¿Qué te pasó?”. Pancha lloró con más fuerza. “Los gusanos, ayer se me subieron los gusanos, estaban en mi agua, Toña, los gusanos...”. Toña recordó el gusano que miró al llegar a la casa. Abrazó a su hermana y dijo: “Tranquila, sólo fue una larga noche”.

Pancha sintió pesadez, luego una inquietud repentina, miró a su hermana y dijo: “Tu hijo, tu hijo...” señaló al niño: “Míralo, los gusanos se le están subiendo”. Toña giró con rapidez, vio a su hijo: “Tranquila, hermana, no tiene nada, se me hace que necesitas dormir”. Pancha temblaba. “Déjame ir a ver al fogón...”, dijo

Toña, subió rápidamente y al llegar a la cocina de humo se estremeció.

En los muros ennegrecidos caminaban miles de gusanos negros, transfigurados entre los rastros del humo. Toña gritó, algunos se le subieron por las piernas. Pancha escuchó el grito, dejó al niño y corrió a ver a su hermana. Toña estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos y el labio temblando. Pancha miró el cuarto, un escalofrío le quitó el equilibrio, luego dijo: “¿Qué está pasando, Toña? Ambas mujeres bajaron, en sus rostros apareció una sensación de maldad, se miraron por mucho tiempo, después Toña se fue.

Al medio día Toña regresó en compañía del padre Vilchis. Venían apurados y la mujer traía los ojos hinchados, el sacerdote traía una cubeta llena de agua, ambos subieron hacia el fogón. Pancha fue después. El padre Vilchis miró los muros negros de la cocina, extendió sus brazos e hizo la señal de la cruz. Susurró una

oración y comenzó a esparcir el agua con unas hierbas. Las gotas escurrían lentas por cada uno de los muros, las mujeres callaban. El sacerdote se adentró en la cocina y miró hacia el techo, entre las tejas descubrió unas telarañas, ahí aventó más agua, luego dijo: “Confíen y todo estará bien”. Sin más, el hombre se fue de la casa. Las hermanas pasaron varias horas rezando en el interior de la cocina.

Ya en la noche, las mujeres regresaron al fogón y encendieron una vela. Un flamazo inundó el cuarto. Comenzaron a escucharse gritos, llantos infantiles, risas, voces irreconocibles, murmullos. De entre las tejas salían montones de gusanos, el suelo se levantó y también ahí estaban. El fogón se encendió, sin ningún palo dentro, crecía una llama negruzca, las dos miraban atónitas, ninguna gritó. En la sala el niño lloraba.

Las mujeres parecían inmóviles, sus cuerpos se perdían entre los gusanos que las cobijaban,

sólo sus ojos quedaron intactos. Un aire pesado envolvió la cocina, los ruidos callaron y sólo se oyó el suspiro del viento. Detrás de las mujeres se formó una especie de nube, de ahí salió Dionisia Güera, miró a las hermanas y gritó: “¡Despierten!, vayan a ver al niño...”.

Cuando las mujeres volvieron en sí, se dieron cuenta de que la madrugada ya estaba entrada. Ambas se encontraban recostadas en el suelo de la cocina, el sueño les había hecho pasar las horas por segundos. Sin decir nada bajaron las escaleras. Pancha miró una mariposa diurna que se golpeaba contra uno de los adobes. Al llegar a la sala, unos gritos fortísimos se oyeron hasta el amanecer...

*Quién es esa estrella que a las almas guía, la Reina del cielo la Virgen María, por este camino se ve una huella, es nuestro destino seguir esa estrella...*

Cantan al llegar al panteón. Las Güeras visten de negro y Toña llora con fuerza, desfallece y los hombres la cargan. Su hermana la acaricia, le limpia las lágrimas y se sientan en la banca más pegada al cielo. Los hombres detienen su paso, recargan la caja que lleva al pequeño. El padre ha salido, esconde su llanto, con el hisopo esparce las aguas y caen como lágrimas sobre el ataúd blanco. Adentro un niño duerme ignorando la muerte que se lo ha llevado.

La oración termina, Toña grita con fuerza. Abraza la caja y no quiere que salga. El padre la toma de los brazos, le besa la frente, luego le dice: “No lo desampares, no lo hagas sufrir...”. La mujer vuelve a llorar, grita con todas sus fuerzas: “¡Ay, mi niño!”. Su hermana sufre en silencio. En el lado más oscuro de la capilla, en un rincón, está sentada doña Pilar Roja, con un pañuelo sucio limpia sus lágrimas, luego canta en silencio:

*caminen hermanos por esta vereda, nos vamos gustosos siguiendo la estrella...*

106

La campanilla repica llorando, un sol quema la calle y las nubes se esconden. Es el medio día. Una madre sufre. El pueblo la acompaña, caminan con un paso lento. Algunos platican, se oyen rumores, se levanta el polvo: “Pero, si es que dicen que se lo comieron...”. “Pobre muchachito, quedó todo negro”. “Hablan de que le quitaron la lengua, dizque para que no hablara...”. Los murmullos rondan la procesión. Las Güeras los oyen y ven con odio a quienes los dicen. Los rumores se vuelven silencio al sentir la mirada de la madre, todos cantan, *qué alegría me causa, Señor, este día, viéndote llegar a mi compañía...* Toña llora, no entiende la ausencia.

Al arribar al lugar de la tumba, uno de los rumores le ha petrificado el corazón. Mientras amarraron la caja de su hijo, dos hombres miden el espacio del hoyo, se adentraron para quitar

esos montículos que no permiten que el muerto descanse. Abajo, los hombres hablaban: “Ya viste a la hermana, qué hipócrita, si dicen que ella lo mató”; el otro respondió: “Vela, haciéndose la sufrida...”, luego callaron. Un canto quedito salió de sus labios: *Qué alegría me causa, Señora, en el alma, viéndote llegar con laurel y palma...*, después miraron hacia arriba y observaron el rostro fijo de Güera Toña. Ya no lloraba. Los hombres salieron rápidamente, vieron a la mujer y dijeron: “Ya quedó, ahora sí puede descansar en paz”.

Su hijo baja, el ataúd se cobijó con tierra. La madre mira fijamente, voltea a ver a su hermana y se da cuenta de que ella también llora. El padre Vilchis está como ido. Repite torpemente la melodía: *Pecadores somos, de quién eres madre, míranos, Señora, no nos desampares...* Las horas pasaron implacables. La gente se fue y, en el panteón, sólo quedó el eco de los rumores,

llantos callados y el peso de las miradas. *Qué concha tan pura, qué Madre tan bella, pues hoy les pregunto quién es esa estrella...*

A las tres de la tarde, sólo las Güeras rodeaban la tumba. Miraron las flores que adornan un rostro pálido de muerte, los cirios que iluminan el caminar de un pequeño. Ambas mujeres se miran y Pancha comienza a cantar: *Quién es esa estrella que a las almas guía, la reina del cielo la Virgen María...* Toña no respondió al canto.

Unos metros adelante, la cruz amortajada de Simón se llenó repentinamente de gusanos. Ahí se esconde doña Pilar Roja. Mira en la lejanía el entierro del hijo de las Güeras, no parpadea, chupa sus labios y ríe calladamente...

## LAS LÁGRIMAS DE SABÁS

Cuando Sabás regresó del panteón, decidió caminar por las calles de Mextepec. El sol calentaba las piedras con unos rayos impasibles. Sobre el cielo no aparecía ninguna nube. La gente lo observaba lejano desde sus balcones y los pocos que lo encontraban desconocían su mirada. Rehuían y les era imposible verle los ojos. Sabás aguantaba las ganas de tirarse y empezar a llorar. Sus lágrimas no podían salir y los pensamientos se convertían en un reclamo. Miraba sus manos y veía en ellas las sombras formadas por el tizne.

Llegó a la cuesta del Buey. Caminó hacia arriba, la cuesta que días antes era difícil de subir, hoy era un camino liviano. Cuando estuvo en lo más alto deseó tocar el cielo y pedir una segunda oportunidad. Desde ahí pudo ver los

restos de su casa. Una columna de humo se elevaba perdiéndose con los vientos. Miró el humo. Un silencio envolvió a la cuesta. Se oían las lágrimas de Sabás perforando la tierra. No pudo evitar llorar. Volvió a mirar hacia el humo y entre los cantos de los pájaros y el ruido de los vientos, oyó la risa de sus nietos. Regresaban a su mente como recuerdos de un tiempo que no pertenecía a este tiempo. El sol se detuvo y los pájaros quedaron inmóviles. Sólo el humo seguía subiendo y con él, la intensidad de las risas de los nietos de Sabás.

Sabás escuchó el eco de un saxofón y los golpeteos de un tambor. Siguió adelante y pudo ver al viejo que tocaba acompañado de su hijo. Era una melodía lastimosa. Recordó a sus nietos y cómo les gustaba salir a la calle a bailar con el cantor, lo correteaban y reían al mirarle los cachetes inflados. Siempre eran melodías alegres. Hoy fue diferente, hoy el cantor ejecutaba una

tonada fúnebre. Sabás caminó y quiso darle alcance, avisarle de lo sucedido, pedirle que tocara una última vez esa canción que tanto les gustaba a sus nietos. Corrió, corrió y entre más cerca se escuchaba la música, más lejano parecía el cantor. Un rayo solar iluminó su saxofón. Un reflejo de luz apareció en el cielo. Sabás se detuvo, sus ojos se nublaron de recuerdos, miró al cantor y luego al cielo. En un tiempo laxo, ese cielo despejado se perpetuó de humo y el aire se perfumó con las vigas quemadas de su casa. Sintió un mareo. Volvió su mirada al cantor, ya la melodía había cambiado. Sabás ya no estaba en la cuesta. Estaba unas cuerdas antes de su casa y desde ahí pudo ver la puerta entreabierta. Sus nietos salían, uno a uno, bailaban y cantaban. Sabás gritó: “¡Niños!, no se me vayan a ir”. Corrió para alcanzarlos, los tuvo enfrente, miró sus ropas, sus rostros grises, intentó tocarlos y de entre sus manos se escapaban los cuerpos. Sabás

cerró los ojos sabiendo que era sólo humo lo que abrazaba. El cantor calló.

Cuando Sabás volvió en sí, se percató que llevaba varias horas sentado en el patio de su casa. Miraba las ruinas: ceniza, madera rota, flores chamuscadas y él como inmóvil.

Pasaron los días y la puerta quedó cerrada. Unos decían que en las noches se escuchaban las risas de los niños. Otros aseguraban que eran unos alaridos que rompían la armonía de las noches. Las mujeres pasaban rapidísimo; al llegar frente a la casa de Sabás, se persignaban, otras tapaban sus bocas para no agarrar aire.

“A mí se me hace que esos chicos no están en paz, siento que siguen sufriendo, que no entienden que ya no pertenecen a este mundo”, le dijo doña Obdulia Alcántara a su comadre la Loli. Juntas miraron con tristeza la portezuela y por unos instantes se quedaron detenidas pensando en lo vivido por los niños. “Todavía

huele a humo...”, susurró la Loli. Bajaron las miradas, el silencio se prolongó entre las mujeres y en sus pensamientos se descifrabán oraciones. Doña Obdulia tocó uno de los muros de la casa, luego pensó: “Están muy fríos”. Murmuró una oración que no alcanzó a oír la Loli, al término dijo: “Dales el descanso eterno”. La Loli apretó los labios y habló: “Vámonos, ya se hace tarde”, cruzaron sus rebozos y ambas caminaron hacia adelante. El sol de la tarde envolvió sus cuerpos, luego se difuminaron entre la calle coloreada de anaranjado. Unas risas queditas fueron llevadas con el viento. Sabás salió, abrió la puerta y asomó un poco los ojos. Giró la vista de lado a lado, y antes de cerrar pensó: “¡Qué aire tan pesado!”.

Todavía el sol iluminaba. Sonaron unos toquidos en la puerta de la casa de Sabás, el viejo los escuchó con zozobra. Un frío le atravesó la columna. Se llevó las manos al rostro. “Ya no hay nadie aquí...”, respondió. Los toquidos

volvieron a sonar. Sabás se levantó de su silla, se acercó a la puerta y abrió. Era el padre Vilchis. Al verlo, Sabás sintió una breve sensación de tranquilidad, respiró con fuerza, le estrechó la mano, se puso de rodillas y lloró. Las ropas del sacerdote se empaparon de lágrimas.

El padre Vilchis estiró sus manos hacia Sabás, lo tomó de los brazos y lo levantó. “Mira cómo estás, Sabás”, dijo el padre, luego volteó a la puerta esperando la presencia de alguien. Momentos después apareció Alfonso llevando en sus manos una pequeña cazuela de comida. La llevó hasta donde estaban los dos hombres y la dejó en el suelo, se persignó rápidamente, saludó a Sabás y cuando éste le estiró la mano, Alfonso sintió que sus rodillas temblaron.

—Tienes que comer, no puedes ni estar en pie; mira, te trajimos este taquito, cómelo —el sacerdote acercó el plato a los brazos de Sabás.

—Gracias, padrecito, pero usted me creerá que ni hambre tengo, ¿cómo voy a comer así?

—¡Ay, hijo!, pues vas a comer como siempre has comido, las tortillas se están enfriando, ándale, haz la oración. —El padre Vilchis dio unas cuantas palmaditas en la espalda de Sabás, clavó su mirada en el rostro del viejo. Sabás sintió que el sacerdote lo miraba, giró levemente y vio dibujada una sonrisa en su rostro. Escondió los ojos, su boca temblaba como evitando el llanto.

—Yo no sé rezar, padrecito, mejor hágala usted...

—Entonces no comemos, Sabás.

Sabás levantó el rostro, pasó su mano por la nariz, miró los alimentos, luego al padre, tomó fuerzas y dijo: “Busca para ellos la luz perpetua...”. El padre Vilchis sintió frío al escuchar las palabras del hombre. Lo miró sin parpadear, dándose cuenta de unas lágrimas

que caían agonizantes en el suelo. El silencio se prolongó por unos instantes, fue el viento quien lo rompió. El sacerdote sacudió la cabeza como volviendo a la realidad, con sus manos hizo la señal de la cruz sobre los alimentos, luego dijo: “Que así sea”.

Así fue como poco a poco Sabás probó alimento, las fuerzas le regresaron a su cuerpo, sonrió en agradecimiento. El padre Vilchis le devolvió la sonrisa, pasado un rato los visitantes se fueron de la casa. La noche fue larga para Sabás. No durmió.

Las lunas se desdibujaban con rapidez. Tras la puerta, Sabás seguía inmóvil, con la mirada clavada en las ruinas. La penumbra cubría densamente los restos de la casa, el viento esparcía las cenizas, llenando la calle de una negrura extraña. Sabás llevaba varias noches sin dormir. Sus ojos apenas se mantenían abiertos, unas bolsas moradas cubrían sus párpados y la boca la tenía reseca.

Pensaba en aquel día que no estuvo, en aquel día que los dejó solos, sus lágrimas no salían. Al pasar la mirada por lo que fue su casa, sintió una presencia extraña, los restos de la puerta se abrían. Del interior se oyeron unas risas, los tres niños llegaron al patio, corrieron en círculos, se aventaban y reían. Sabás se sintió tranquilo, pues la presencia de los niños no le causaba malestar. Al verlos pensó: “Son tan pequeños que todavía no saben que han muerto”. Los niños atravesaron su cuerpo sin darse cuenta de que Sabás estaba contemplándolos.

“Ya deberían irse a descansar”, dijo Sabás a los niños. Ellos no se inmutaron, ignoraron la presencia del viejo y sólo se fueron cuando el alba apareció. El sol iluminó el patio de la casa. Sabás repitió: “Ya deberían irse a descansar...”. Los niños ya se habían diluido.

—¿Has visto al Sabás? —preguntó Domingo Chiringuin. Era día de plaza y los amigos se habían encontrado saliendo de misa.

—No, no lo he visto en el pueblo, a mí se me hace que no quiere salir —dijo Poncho Calaco. Los dos hombres seguían una plática distraída, desde el último rosario de los niños, no habían visto a Sabás.

—Deberíamos ir a verlo, ¿no crees? —dijo Domingo preocupado.

—Deberíamos... —respondió Poncho.

“¡Ay, Sabás!, pero si nosotras ya sabíamos que ibas acabar así. Mírate todo engarrotado. Todavía tienes el coraje de quedarte ahí sentadote. ¡Qué van a decir tus nietos cuando te vean! Mira qué fríos tienes los cachetes, mira esos ojos, todos abiertos. ¡Ay, Sabás!”, dijo doña Obdulia mientras intentaba cerrarle los ojos. Las comadres habían entrado a la casa, pues según había dicho la Loli,

“olía a muerto”. Doña Obdulia se esforzaba por tomar los párpados de Sabás, cuando conseguía cerrarlos, se volvían a abrir. “Ya déjalo así, manita, este hombre quiere seguir viendo, déjalo que sufra”, dijo la Loli mientras se adentraba en la sala de Sabás. “Cómo crees que lo voy a dejar así, Loli...”, respondió doña Obdulia. “Entonces sigue peleando”, dijo la Loli.

—Pero si de este hombre ni quién se entere de que está muerto, tenemos que ir a avisar, Loli.

—Tú ve, a mí no me metas... Yo ya tengo mucho con lo que pasó.

—Pobre Sabás.

Las mujeres miraron a Sabás por un largo tiempo, con un gesto se despidieron, abrieron la puerta y al salir ya habían desaparecido.

El lunes en la mañana se levantó una columna de humo sobre la casa de Sabás. Fue

Fausto Xingú quien se dio cuenta del suceso. Iba de camino al molino cuando vio la humareda, dejó encargada su cubeta con una de las vecinas de la empedrada y corrió hacia la casa de Sabás. Encontró la puerta abierta, al adentrarse pensó: “Aquí anda rondando la muerte”. Intentó mover a Sabás, pero su cuerpo estaba totalmente rígido. Fausto miró los ojos del viejo, luego dijo: “Ya no sufras más”, intentó cerrarlos, tampoco pudo.

Los vecinos de Sabás vieron desde sus ventanas que alguien había entrado a la casa del difunto. En poco tiempo se juntó una multitud de mirones. Nadie se atrevía a tocar al muerto. En la casa de Sabás se formaron unas oraciones improvisadas. Era Poncho Calaco quien dirigía el rosario. La gente rezaba para espantar los aires y no oír el silencio. Poco tiempo después, llegó el padre Vilchis, hizo la señal de la cruz y mandó traer una caja de muerto.

Cuando metieron a Sabás en el ataúd, se escuchó a lo lejos el eco de la melodía del cantor. Aun ahí dentro nadie pudo hacer que se cerraran sus ojos. Cuando iban de camino al panteón, Domingo Chiringuin aseguró que sintió la mirada pesada de Sabás. Otros dijeron que cuando abrieron la portezuela del ataúd, sus ojos se movieron de lado a lado, como buscando algo...

Ese mismo día enterraron a Sabás. Días después, la gente contó que, mientras enterraban al muerto, la casa del viejo se llenó de humos.

Ya por la noche, unas risas infantiles no dejaron dormir a los vecinos.



## LA NOCHE INTERRUMPIDA

Güera Toña se mantuvo en silencio por muchos días. No volvió a dirigir la palabra a su hermana. Ni a nadie más. Su luto duró mucho tiempo. Cada tarde caminaba inerte hacia el panteón, llevando consigo unas celosías rojas. Las acomodaba sobre la cruz blanca de la tumba, encendía una vela y ahí se quedaba en silencio hasta que las tinieblas envolvían al panteón. La gente la miraba: “Se está volviendo loca”, decían al verla pasar.

Su hermana Pancha la miraba en la calle, cruzaban sus miradas, pero Toña pasaba de largo. Una culpa se enmarañaba sobre la espalda de Pancha. Una especie de tristeza le cobijó los párpados. Sentía la necesidad de estar con su hermana. Extrañaba a su hijo y pensaba en aquella noche que murió.

Una noche, Pancha se encontraba parada en el centro del patio de su casa debajo del ciruelo. Por sus ramas se escabullían unas sobras de luz que la luna esparcía. En un instante cayó una lluvia que llenó de brisa el cuerpo de la mujer, se extrañó y pensó: “No son tiempos de aguas”. Con el sonido de la brisa, Pancha escuchó unos sollozos, luego una voz que la llamaba: “Yo sé lo que pasó...”. Un calor fortísimo consumió el agua que había caído, se formó una especie de neblina en medio del patio. Pancha miró los humos que la cobijaban, volvió a oír: “Yo sé lo que pasó...”. La mujer caminó hacia la sala y se percató de una mariposa diurna que se golpeaba contra la pared. “Otra vez tú”, pensó. La niebla entró por la puerta de la sala.

Los vientos levantaron los pelos de la mujer, también el polvo, de ahí salió una sombra, luego una voz: “Yo sé lo que pasó”, repetía. La sombra se transfiguró en una anciana. Pancha reconoció

el quexquémetl, luego dijo: “Tú lo viste todo...”. Dionisia Güera se acercó a Pancha, le acarició los cabellos y dijo: “Era su destino...”. La anciana tenía unos huecos negros en el lugar en que deberían estar los ojos, de ahí escurrió una lágrima. Pancha la cuestionó: “¿Tú le echaste el aire, tú te lo llevaste!”. Dionisia Güera abrió la boca con fuerza, el vapor se volvió polvo y el polvo, palabras, luego dijo: “Los muertos no hacemos eso... hacen más daño los vivos y mira qué viva fue la que lo hizo...”. Pancha quedó estática, luego preguntó: “¿Tú sabes quién fue?”.

Cuando la mujer buscó la presencia de aquella sombra, sólo encontró un rescoldo de luz que iluminaba la sala. La niebla se había difuminado y un silencio trastabillaba la habitación. Pancha se puso a llorar.

Nadie sabe por qué lo hizo. Esa misma noche Pancha sintió la culpa, un abandono que le carcomía el corazón. Con tristeza se dirigió hacia

el fogón, miró los muros ennegrecidos, metió unos palos, encendió el ocote y ahí se quedó inerte hasta que las maderas se chamuscaron. El humo que respiró le hizo perder la conciencia. Recordó a su niño, pensó en su hermana y volvió a escuchar la voz de Dionisia Güera.

Las chispas brotaron de las maderas. El rescoldo que se formó en el interior del fogón aún seguía encendido. Sin sentir dolor alguno, Pancha tomó un puñito de la brasa. Sus lágrimas caían sobre su mano y se escuchaba el sonido del agua al chocar con la lumbre. Acercó la brasa de su mano hacia su boca, puso el rescoldo en sus labios, gimió y luego su lengua se deshizo por el calor de la brasa. Un ardor le escurrió por la garganta, su estómago se calentó y unas gotas de sangre negra le escurrían por los labios. Palideció. Sus ojos perdían el brillo. El fogón había quedado sin brasa y un humo denso envolvía la cocina. Aún pudo levantarse.

Caminó hacia las escaleras y cuando decidió bajar, su cuerpo se volvió pesado, las corvas se le revolviéron entre calambres y cayó de golpe sobre el suelo. Una espuma negra le escurrió de la boca. Cuando el silencio de la muerte se apropió de la casa, un tecolote salió volando de entre el ciruelo.

El crepúsculo nació y se vieron dos sombras caminando en el patio de la casa de la Güera. Se arremolinaron polvos, brasa y neblina. Volaron las mariposas diurnas. Aparecieron los humos de Dionisia Güera y Pancha Güera. Al llegar la claridad de la mañana, las mujeres se habían difuminado.

Varios días después, Toña sintió la ausencia de su hermana. La gente la abordó en la calle diciéndole: “No la hemos visto, ya fue mucho tiempo...”. Se dirigió a la casa de su hermana. Al entrar sintió un fuerte olor a ocote quemado. La puerta de la sala estaba abierta, entró y no

halló nada. Miró un bulto entre los escalones, se acercó, gritó con fuerza cuando vio el cadáver de su hermana hecho casi cenizas. Su cuerpo se había chupado y pintado todo de negro, su cara se había quedado sin piel y se le veían sólo unos dientes amarillos. Los cabellos le quedaron intactos. Se dio cuenta de que las aves que rondaban el ciruelo ya habían comenzado a carroñar. En los ojos le quedaban unos huecos oscuros y, por el tiempo que había transcurrido, le brotaban de ahí unas larvas blancuzcas. Toña lloró con fuerza.

Cuando salió de la casa, Dionisia y Pancha Güera la vieron perderse en la lejanía de la nopalera. Dionisia dijo: “Va a regresar, no puede dejarte ahí...”. Pancha Güera agachó la mirada y respondió con frialdad: “Esa ya no soy yo...”, después desaparecieron.

Por la tarde, Toña regresó acompañada del padre Vilchis. Miraron el cadáver. El sacerdote

sintió miedo, pidió que no le hicieran rosario y que la enterraran fuera del panteón. Toña le pidió que le hiciera una misa, pero el padre Vilchis no aceptó. Dijo que la mujer quedó así porque estaba metida en malos pasos, se negó a darle la bendición y lo único que dijo fue: “Rezaré por ella, pero no sé si alcance para salvarla”. Toña lo miró con desprecio y luego lanzó un escupitajo a los pies, le gritó: “¡Es mi hermana!, ¿usted quién es para juzgarla?”. El sacerdote agachó la mirada y dijo: “Que descanse en paz...”, luego se fue.

Toña lloró de rabia, gritaba, miraba al cielo y lo encontraba nebuloso. Pensó en que pronto llovería. Miró de nuevo el cadáver de su hermana, sintió lástima. Fue a su cuarto por unos zarapes y en ellos envolvió a Pancha, la dejó envuelta, luego volvió a salir a la calle.

Dionisia miró a Pancha acercarse a su cadáver. Lloraba, acariciaba sus restos y luego dijo: “Mira cómo quedó, mamá Güera, mira

cómo me van a enterrar”. Dionisia fue hacia la sala y trajo consigo un cirio, lo encendió y lo colocó cerca del cadáver de Pancha, después le dijo: “No sufras, niña, que luego no vas a dejar descansar”. Pancha calló, rezó alguna oración y luego le pidió a su abuela que se fueran.

Toña entró a la casa acompañada de Juan Barbón. El hombre miró el bulto formado entre los zarapes, luego dijo: “Ya ni siquiera huele a muerto”. Toña le pidió que le ayudara a cargar a la difunta. Dijo que la enterrarían ahí en la lomita de las Tres Cruces. La mujer aseguró que en ese sitio tendría más posibilidad de salvarse: “A los pies de las cruces el alma gana el perdón”, dijo Toña. Por la madrugada, Juan Barbón y Güera Toña cargaron el cadáver de Pancha hasta la loma de las Tres Cruces.

Juan Barbón se encargó de escarbar mientras Toña murmuraba oraciones. Tardaron varias horas en hacer el hoyo. Cuando estuvo listo,

Juan Barbón dijo: “Esta es la tierra buena para descansar”. Entre los dos tomaron el cuerpo y lo dejaron caer en el fondo de la tumba. Toña encendió los cirios, echó unos pétalos marchitos y con voz relampagueante gritó: “¡Descansa en paz, hermana!”. Juan Barbón tapó el hoyo, pusieron unas piedras pesadas encima de la tierra, dizque para que el cuerpo no se escapara.

Toña dibujó una cruz de cal encima de las piedras; cuando terminó, unas mariposas diurnas volaron sobre la lomita. La noche se coloreó de anaranjado y una luz brotó repentinamente. En la esquina de la empedrada, una cruz se llenó de neblina, una sombra emergió y caminó sin rumbo. Toña levantó los ojos al cielo y recordó a su hijo, se apretujó los senos. En las Tres Cruces se oyó el eco de unos llantos infantiles. Juan quedó estático y miró a la mujer riéndose sin sentido.

La gente de Mextepec despertó del sueño. Salieron de sus casas para apreciar la noche

interrumpida. Miraron los cielos y una tristeza cubrió sus párpados. Toña y Juan Barbón regresaron ignorando esa especie de eclipse que cobijó al pueblo. La gente los miró con asombro recorrer las calles. Sólo Pilar Roja se rio desquiciadamente al verlos pasar desde su balcón.

## EL POLVO DE LA MUERTE

En medio de una noche nebulosa, los perros aullaban lastimosamente, de poco en poco caían las gotas de una lluvia que no terminaba de caer. La gente no salía y sólo las estrellas iluminaban los tejabanes. La madrugada corría y fue entonces que detrás del cerro de la luna, el alba comenzaba a nacer. En un tiempo muy rápido, los cielos se perfumaron con los humos del fogón y soledad. La niebla tardó en irse.

El padre Vilchis preparó su oración. Postrado a los pies de un Cristo alabó por varias horas. Salió y se dirigió hacia el pueblo, un aire frío le revolvió los cabellos y le aturdió las orejas. Nadie caminaba las calles. Sintió un vacío en el estómago cuando miró los cielos cubiertos de niebla. Con la vista hacia arriba, caminó por la empedrada; luego, una parvada

de tordos pasó volando muy cerca de su cabeza. El padre gritó, besó la cruz de su pecho y pensó: “Líbranos del mal”.

*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?  
¿Por qué estás lejos de mi clamor y mis gemidos?  
Te invoco de día, y no respondes, de noche, y no  
encuentro descanso...*

Dio la vuelta en la nopalera, miró a cada una de las casas y recordó a sus habitantes. La niebla llegaba hasta el suelo, sólo el silencio era roto por el rasgueo de las ramas. Contempló los nopales y suspiró con fuerza cuando los vio marchitos, siguió de largo. La cuesta se asomó y con un peso en las corvas subió. Las Tres Cruces se difuminaban en lo alto de la lomita, al pasar frente a ellas, el padre Vilchis cayó, sus rodillas se enterraron en la tierra y al intentar levantarse, escuchó unos alaridos. Siguió caminando.

Cuando llegó a la calzada de la Joya, el padre temblaba, la lluvia había arreciado y los vientos golpeaban con sus ráfagas al cerro. El padre Vilchis miró los sauces, se maravilló al darse cuenta de que unos pocos rayos del sol se colaban entre el enramado. La niebla se había difuminado y con ella la contemplación fue posible. Rígido, el padre abrazó su cruz, le resultó difícil mirar los sauces repletos de ahorcados. Colgaban los cuerpos sin pesar, con la lengua de fuera y los rostros morados. Al verlos lloró. En medio de la calzada, el padre Vilchis se postró de rodillas, gimió y sus oraciones se convertían en una especie de reclamos, “Padre, que se haga tu voluntad”. Al término de sus rezos elevó su mirada y en el sauce más alto reconoció unos cuerpos, se inmoló y deseó con todas sus fuerzas bajar los cadáveres. No pudo. Ahí, enfrente de los ahorcados, el padre Vilchis rezó hasta el

anochecer. En sus rostros reconocía una culpa ajena y el frío de la muerte inmerecida.

136

*Y, sin embargo, tú eres el Santo, que reinas entre las alabanzas de Israel. En ti confiaron nuestros padres: confiaron, y tú los libraste...*

Al pasar por el bordo de Mextepec, el padre sintió inquietud, en sus aguas se apareció un crepúsculo. Avanzó. Llegó a la calle de la Estrellada, miró hacia las paredes y descubrió los murmullos. Unas risas queditas le golpeteaban los oídos, a lo lejos pasaron unas sombras corriendo. Al observar atrás sintió los aleteos de los tordos, cuando llegó de nuevo a la empedrada resonó el llanto de un tecolote. La iglesia se dibujó en la penumbra, pero antes de acercarse a la puerta, el padre Vilchis miró en el atrio un sinnúmero de mariposas diurnas, las cuales cayeron de un solo golpe, cuando el

sacerdote estuvo en el centro. El padre lloró toda la madrugada.

*Clamaron a ti y fueron salvados, confiaron en ti y no quedaron defraudados...*

137

Alfonso Sacristán se encontraba limpiando la iglesia, levantaba los pedazos de cuete y los sombreros olvidados. Terminó de barrer y se dirigió a arreglar a los santos. El padre Vilchis le encargó pulir las copas, acomodar las hostias y reparar las biblias. Le dijo que iría a visitar al pueblo, y mientras la iglesia estaría cerrada. Alfonso Sacristán miraba con curiosidad los objetos de la iglesia, pensaba en que prefería acompañar al padre en lugar de quedarse solo con los santos.

Contempló el nicho de San Luis, su corona le imantó la mirada y descubrió un brillo que no había visto antes. Vio la espada y luego el suelo

donde se recargaba, sintió un nerviosismo, volteó a la puerta y la encontró cerrada, sabía que el padre regresaría hasta tarde. Se levantó y corrió hacia el nicho, limpió sus pies y besó la espada. Luego miró, bajo el cuerpo de San Luis, una especie de caja, intentó abrirla, pero no pudo. Fue a la sacristía y desobedeciendo las órdenes del padre, abrió el baúl de las llaves, encontró unas que se le figuraron viejas, estaban oxidadas y eran amplias. Regresó hacia la estatuilla de San Luis y lo consiguió, destapó la caja y su sorpresa fue grande. Los ojos se le iluminaron de un color metálico y una sonrisa se apoderó de su rostro. Cerró el baúl.

*Pero yo soy un gusano, no un hombre; la gente me escarnece y el pueblo me desprecia...*

Se estaba preparando la fiesta, los mayordomos vestían a los santos y cuidaban que siguieran

intactos. Pedro Malaquías se encargó de arreglar a San Luis, pulió su espada, limpió su corona y miró algunas manchas de pintura resquebrajada. Le pidió al padre Vilchis permiso para bajar al Santo.

Rubén Dado miró el cofre que quedó al descubierto, sintió curiosidad y quiso abrirlo, no pudo. Fue a donde estaban Pedro Malaquías y Marcos Colín, les preguntó: “¿Ustedes saben qué es lo que hay en el cofre?”. Los mayordomos lo miraron con extrañeza: “¿Cuál cofre, Dado?”, exclamó Marcos Colín. “El que está debajo de San Luisito, acuérdate, ese del que hablaban los viejos...”, dijo Rubén Dado. Los tres hombres se dirigieron y miraron el cofre. Su rostro fue de sorpresa.

Pedro Malaquías fue en búsqueda del sacristán: “Oye, Alfonso, quiero pedirte un favor; mira, encontramos un cofre bajo el patrón, préstanos la llave, sirve que limpiamos las monedas y le echamos ojo al interior”, sonrió

y guiñó el ojo. Alfonso Sacristán respondió: “No sé si pueda, Pedro, ya ves que el padre es el único que puede meter mano ahí, mejor pregúntale a él...”. Rubén Dado y Marcos Colín seguían en silencio la plática. “Pero ahorita no está el padre, Sacristán, nada más es echarle ojo, ándale tráete las llaves...”, dijo Marcos Colín. Alfonso quedó pensativo, miró hacia la puerta y agregó: “Está bien, deja ir a buscarlas...”. Tardó mucho.

Los mayordomos miraron al sacristán limpiar las llaves e incrustarlas en el cofre. Cuando por fin se abrió, todos callaron. Se observaron unos a otros. Alfonso negaba con la cabeza. Marcos Colín suspiró con fuerza y miró hacia arriba. Rubén Dado murmuró unas palabras que nadie escuchó.

Fue Pedro Malaquías quien de un golpe cerró el cofre: “¿Qué está pasando aquí, Sacristán?, ¿dónde están las monedas, cabrón?”, dijo Malaquías. Alfonso palideció, sus labios

temblaban y dijo: “No lo sé... ya las últimas fiestas el padre no permitió que se abriera el cofre...”. Marcos Colín refunfuñó y dio unos golpes en el aire con las manos: “¡No la hagas, Sacristán! Tú sabes lo que significan esas monedas, ¿a poco nunca viste nada raro?”, dijo. Alfonso sudaba y pasó sus manos por el cabello: “¡Te lo juro, te lo juro!, te juro que el cofre no se ha abierto ya desde hace varios años...”.

Rubén Dado le tomó la espalda con fuerza, lo aventó a un rincón y gritó: “¡No te hagas el pendejo, Sacristán!, o nos dicen dónde están o nos dicen dónde están...”. Pedro Malaquías le pidió calma con las manos, luego dijo: “Tranquilo, hombre, el padrecito es el que debe saber, este pobre diablo qué va a estar sabiendo...”. Alfonso se cubría el rostro con las manos y levantaba sus piernas temeroso. Los mayordomos lo miraron, sintieron lástima y negaron. “Pregúntale al padre si las ha visto, no queremos pensar mal, Sacristán”, dijo Rubén

Dado. “Mañana queremos saber qué pasó, no queremos pendejadas, Sacristán...”. Alfonso miraba hacia el suelo, afirmaba con la cabeza y respiraba bruscamente. Los mayordomos se fueron.

*Los que me ven, se burlan de mí, hacen una mueca y mueven la cabeza, diciendo...*

Alfonso vio llegar al padre Vilchis, agachó la mirada y apretó los labios. “Buenas noches, Alfonso, ¿cómo va todo?”, dijo el sacerdote. El sacristán respondió: “Todo bien, padre, vinieron los mayordomos, pero todo bien...”. El padre miró con extrañeza la conducta dócil de Alfonso: “Tú tienes algo, hombre, ¿qué pasó?”, preguntó. Alfonso Sacristán inclinó más la cabeza y no respondió. “Dime qué sucede, Alfonso, ¿por qué estás así?”, dijo el padre. Caminó por el interior de la iglesia y detenía su mirada para observar a los santos. Clavó sus ojos en San Luis, pero no halló nada extraño.

Alfonso miró al sacerdote, negó con la cabeza y dijo: “Se vinieron a quejar, padre, ya ve cómo son los mayordomos...”. El padre Vilchis guardó silencio y dijo: “Pero, ¿por qué se quejaron, Alfonso?”. Levantó los hombros y respondió: “Por lo mismo que siempre se quejan...”, luego lanzó una risita. El padre Vilchis le acarició los cabellos y le dirigió una sonrisa: “¿Y sólo por eso estás así?”, rio con más fuerza y se dirigió a la sacristía. Alfonso quedó petrificado en el medio de la iglesia, miraba atormentado a los santos.

Ya entrada la noche Alfonso Sacristán salió de la iglesia. Caminó por la empedrada y miró la casa de los Linares, andaba con la cabeza agachada y suspiraba al escuchar los aullidos de los perros. Dio vuelta en la Estrellada, ahí se encontró a Dimas Gonzaga, le dirigió un saludo y pasó de largo, siguió andando.

*Confió en el Señor, que él lo libre; que lo salve, si lo quiere tanto.*

144

Antes de llegar a su casa, divisó unas figuras que se encontraban enfrente de su puerta. Sintió un escalofrío. Pensó en regresar y darle aviso al padre de lo que estaba pasando. Su corazón latía rápido y el frío de la noche lo atormentaba.

Afuera de su casa estaban los mayordomos. “Buenas noches, señores”, dijo. Ellos callaron y le lanzaron unas miradas inquisidoras. “Estamos preocupados, Sacristán. ¿Qué te dijo el padre?”, preguntó Pedro Malaquías. “Nada, nada... dijo que no sabía, que no le habían dicho de las monedas...”, respondió Alfonso. “¡No puede ser!, para mí que el padrecito ya le gustó pecar...”, dijo Marcos Colín, después lanzó un escupitajo.

Alfonso desviaba la mirada, tomó aire y dijo: “Yo también creo que ya le gustó pecar...”. Los mayordomos callaron y lo vieron atónito.

“Tenemos que reclamarle, pedirle que nos dé una explicación”, dijo Rubén Dado. Alfonso sintió el latir de su corazón y justo cuando iba a hablar los perros ladraron enfurecidos. “No le digan, ¡por favor no le digan! Mejor hay que contarle al pueblo, el padre se dará cuenta solo y tendrá que hablar...”, dijo Alfonso. “Y tú, ¿cómo estás tan seguro que fue él?”, preguntó Pedro Malaquías. Alfonso agachó la mirada y respondió: “Lo vi cuando las sacó”. Esa noche, Alfonso Sacristán no pudo conciliar el sueño, los vientos abrían su ventana y los ladridos de los perros le aturdían los oídos. Lloró toda la noche.

*Tú, Señor, me sacaste del seno materno, me confiaste al regazo de mi madre; a ti fui entregado desde mi nacimiento, desde el seno de mi madre, tú eres mi Dios.*

Los días pasaron. Fueron los mayordomos quienes esparcieron el rumor en el pueblo, la gente desconfiaba, miraban al padre con recelo y le dirigían palabras de desprecio. El padre Vilchis no notaba nada extraño, visitaba, como siempre había visitado, a los nietos de Sabás, les entregaba una moneda y luego platicaba con su abuelo. Frecuentaba la casa de las Colín, de las Güeras, de los Linares, saludaba a doña Pilar Roja. No se daba cuenta de que en el pueblo crecía un profundo resentimiento hacia él.

A las misas llegó menos gente, sólo pasaban en las afueras, pero no se decidían a entrar. Quienes lo hacían, era por morbo, miraban a la estatuilla de San Luis y se imaginaban las riquezas que valían las monedas. Lamían sus labios y regresaban cuando oían los cantos. “Alfonso, Alfonso, tú sabes lo que pasa, ¿qué les he hecho? ¿Por qué no vienen?”, decía el padre preocupado. El sacristán respondía con

parquedad: “Así es esta gente...”, luego agachaba la mirada. El padre no quedó satisfecho, quería saber lo que estaba pasando, quería entender por qué la lejanía de Mextepec.

*No te quedes lejos, porque acecha el peligro y no hay nadie para socorrerme...*

Uno de esos domingos, al morir el crepúsculo, la iglesia estuvo completamente vacía. Nadie respondió los cantos. Los ojos se le llenaron de lágrimas y su voz temblaba en cada oración y en cada canto, sólo oía el silencio de las paredes. Cuando llegó al momento de la comunión, levantó el cáliz, levantó la hostia y se echó a llorar. El vino cayó derramándose en las blancas telas. Las hostias se despedazaron y sus lágrimas caían con fuerza, como clavándose entre las maderas de la iglesia.

Bajó hacia las bancas y, en el medio, se postró con la cabeza en el suelo. Lloraba con

más fuerza. Miraba hacia arriba y extendía sus manos. Así, de rodillas, llegó hasta los pies del Cristo, los besó y continuó con su canto.

Pasó toda la noche ante el Cristo de la iglesia. Alfonso Sacristán lo miraba en la lejanía de un rincón, sus ojos temblaron. El padre Vilchis vio hacia abajo y dijo para sus adentros: “Desamparo mío, acuérdate de tu siervo...”.

*Me rodea una manada de novillos, me acorralan toros de Basán; abren sus fauces contra mí como leones rapaces y rugientes.*

Por la madrugada se despertó a causa de unos golpes fortísimos en la puerta. Se levantó y sintió que todo era una especie de sueño, una pesadilla que lo atormentaba. Se puso de pie y, desconcertado, se dirigió al confesionario, se metió y ahí siguió llorando.

Abrieron las puertas. Una multitud con antorchas, machetes, bielgos y palos se adentró en la iglesia. Eran encabezados por los mayordomos. Gritaban insultos, burlas, empujaron las bancas y buscaron al padre. Él los observaba en silencio. Salió del confesionario y alzó las manos. Agachó la mirada y tomó aire. Pensó en hablar, en preguntar el porqué de sus actos, defenderse, huir. Pero antes de que formulara palabra alguna, lo golpearon, le escupieron y lo llevaron a rastras hacia el atrio.

*Soy como agua que se derrama y todos mis huesos están dislocados; mi corazón se ha vuelto como cera y se derrite en mi interior; mi garganta está seca como una teja y la lengua se me pega al paladar.*

Miraba los rostros de esa gente tan llenos de ira, tan carcomidos por el resentimiento. Reconoció

algunos que habían pasado muchos días en la iglesia, buscando refugio. Vio a quienes antes le habían ofrecido comida y techo. Miró a las mujeres que lloraban y otras que le escupían. No puso resistencia. Era un martirio, lo amarraron en la cruz del medio de la parroquia. Escuchaba las acusaciones: “¡Maldito ratero, hijo de tu chingada madre!”. Otras voces clamaban: “¡No saben lo que hacen!”. “¡Pecas y nos condenas, mentiras!”, gritaban. El sacerdote estaba ensangrentado, miró su sotana: unas franjas sangrientas se diluían entre los bordados dorados. Mantuvo silencio.

*Me rodea una jauría de perros, me asalta una banda de malhechores; taladran mis manos y mis pies y me hunden en el polvo de la muerte.*

Lo que pasó en el atrio estremeció a la soledad de la noche. Llegó otra multitud, también armada.

Pidieron explicaciones, preguntaron el porqué de sus actos. Los mayordomos respondieron con burlas y más acusaciones. Se enfrentaron, intentaron defenderlo, pero sólo consiguieron probar el filo del machete y las punzadas del bielgo. El padre, amordazado, miraba con tristeza los sucesos. Vio la agonía de unos hombres y la necesidad de otros. Murieron muchos y su sangre corrió entre los santos.

Varias mujeres fueron asesinadas; niños, ancianos y hombres, despedazados, heridos. Él miró todo. Lloraba para sus adentros. En sus pensamientos resonaba una queja, una pregunta de agonía: “¿Por qué permites esto, tú que todo lo puedes?”. Más lágrimas.

*Puedo contar todos mis huesos; ellos me miran con aire de triunfo, se reparten entre sí mi ropa y sorteán mi túnica.*

Encendieron una hoguera y el sacerdote observó las llamas que consumían la penumbra. Los mayordomos ordenaron arrojar los cuerpos al fuego de quienes se opusieron al castigo. La noche se colmó de cenizas. En Mextepec un perfume mortal se esparció por los vientos. El padre Vilchis atestiguaba la muerte de un pueblo, sus ojos se enrojecían por el calor de la hoguera y los humos de los cuerpos. La multitud gritaba frenética. Unos querían quemar al padre, otros pedían la tortura. Los mayordomos lo miraron, decidieron que su cuerpo tenía que ser el recuerdo del crimen y un anhelo de justicia.

*Pero tú, Señor, no te quedes lejos; tú que eres mi fuerza, ven pronto a socorrerme. Libra mi cuello de la espada y mi vida de las garras del perro...*

Alfonso Sacristán no estuvo en la iglesia. Hasta su casa llegaban los alaridos. Los perros se unían

al cántico mortal y los vientos predecían la violencia que atestiguaba Mextepec. Lloraba, lloraba con fuerza. Sabía su culpa. Sabía su engaño. Sabía su traición. Salió un momento y miró la columna de humo que se formaba en lo alto de los cielos. Pensó en ir, decir la verdad y perdonarle la vida a un inocente, aunque el perdón se ganara con su propia existencia y sangre. Se arrepintió. Levantó las piedras de su fogón, escarbó un poco con las manos y miró el brillo de las monedas. Las escupió. Lloraba con ellas entre los dedos, gritaba: “¡Perdóname, señor, que no sé lo que he hecho...!”

En el amanecer, el atrio de la iglesia se había ennegrecido con el polvo de la muerte. La gente atizaba los últimos fuegos. Pocos llegaron a reconocer los cuerpos de sus difuntos. Lloraban ante las cenizas que desprendían las hogueras, miraban con odio a los mayordomos y les escupían.

*Sálvame de la boca del león, salva a este pobre de los toros salvajes.*

154

El padre Vilchis desfallecía. Su sotana verde era transgredida por la sangre reseca y su rostro se había deformado por los golpes. Miraba con tristeza el rastro de la muerte. Los mayordomos se acercaron a donde estaba, le quitaron los lazos y lo encaminaron hacia el interior de la iglesia.

Sin fuerzas pudo llegar ante San Luis. Los mayordomos lo tomaron de sus cabellos y le gritaron: “¡Arrepiéntete, tú que has profanado a nuestro patrón, maldito criminal!”. El sacerdote agachó la mirada y luego rezó. Pidió perdón por un crimen que no había cometido.

*Todos los confines de la tierra se acordarán y volverán al Señor; todas las familias de los pueblos se postrarán en su presencia.*

Subieron por las escaleras del interior. El padre Vilchis miró el campanario y los cielos grises. El vuelo de una parvada de tordos se diluía con los humos de las hogueras. Los mayordomos hicieron sonar las campanas. La gente miró hacia arriba, gritaban y celebraban su justicia.

*Todos los que duermen en el sepulcro se postrarán en su presencia... todos los que bajaron a la tierra doblarán la rodilla ante él, y los que no tienen vida glorificarán su poder...*

Lo colgaron en la torre más alta de la iglesia. Nadie bajó el cadáver. Los niños se divertían lanzándole piedras al inerte. Los mayordomos y fiscales reían al ver la sotana verde manchada por unas franjas de sangre reseca. Pasó el tiempo y fue el viento quien de un soplo desvaneció en polvo al padre Vilchis.

Las monedas nunca aparecieron.



## LA PROCESIÓN

Una ráfaga de cohetones ha iluminado el cielo gris del pueblo. Los ecos de la pólvora se esparcen difuminados por los tejabanés. El tecolote vuela. Las campanas repican anunciando la fiesta. En el atrio, los sahumeros arden feroces, impregnando de copal al viento. El silencio ronda en la multitud. Todos esperan.

*Santísimo sacramento,  
yo te ofrezco este alabado,  
por el alma de esta hermana,  
que la limpies de pecado.  
Por las ánimas benditas  
y las que estén en pecado,  
por los pecados del mundo,  
yo te ofrezco este alabado.*

Los nichos se elevan sobre los pilares, como tocando el cielo, flotan. En las corvas cae el peso de toda una temporada detenida. Los hombros se entumen, la fiesta inicia, cae el peso del pecado sobre el cuerpo de los caminantes. Las vírgenes tienen cenizas, guardan lamentos, súplicas, recuerdos de la salvación.

El padre Vilchis recorre la fila de feligreses, uno a uno, los moja con el agua que esparce el hisopo. En su mano derecha carga el estandarte de un Cristo sin rostro cubierto de hojas verdes. Al pasar por los nichos susurra una oración: “Bendice nuestro camino”. La campanilla ha sonado.

Han salido de la iglesia, los cirios arden y la tarde delirante obtiene una prolongación de luz. Las calles se inundan de un rumor de pasos, cantan los lamentos. Nadie habla. La caminata es lastimosa, una especie de fulgor arrepentido, una vida que camina.

*Por el rastro de la sangre,  
que Jesucristo derrama,  
caminó la Virgen pura  
en una fresca mañana.*

159

Ahí va la más antigua de las Marías, es la Virgen de los Ángeles, ella vive ahí en la casa de los Canucos, una casita de adobe donde han habitado todos los Canucos. En la procesión, el nicho de la Virgen de los Ángeles es puesto en un arado amarillo, la transportan dos bueyes negros. A sus costados vigilan su paso Canuco el viejo y Canuco el joven. La multitud sale a la empedrada, por los muros escurren los murmullos y de las casas emergen las sombras. El plateado de la luna ilumina brevemente a la Virgen de Canuco. Otras sombras con el mismo rostro aparecen. Todos cantan.

La gente abre las puertas de sus casas. Las mujeres salen envueltas entre sus rebozos y los

hombres se quitan sus sombreros. Caminan y el silencio diurno se rompe por los lamentos de las sombras. Los niños corren bajo los nichos de los santos. Avanzan y han pasado frente al molino de Lupe Colín.

*Como era tan de mañana  
la hora en que caminaba,  
Con san Juanito se encuentra  
y de esta manera le habla.*

Una parvada de tordos ha llenado de nubes el cielo. Con los vientos ha llegado un humo moribundo. Es la casa de los nietos de Sabás, humeada y rota. Cuando los niños escuchan los cantos, abren sus puertas y salen; tres criaturas tiznadas, con la ropa quemada y sonrisas desfiguradas, corren hacia el camino y buscan al padre Vilchis. Tardan en encontrarlo, cuando lo hacen, lo saludan como quien no se ha visto en

mucho tiempo. Él los mira con ojos piadosos y les acaricia sus cabellos grises. Saca de su bolso unas monedas y se las entrega. Los niños lo abrazan y regresan corriendo a su casa. Antes de abrir la puerta, se difuminan con el humo del hogar de Sabás. El padre Vilchis cierra los ojos y piensa: “Pobres almas inocentes”.

Obdulia Alcántara y la Loli surgen de entre las piedras. Cuando miran pasar la procesión agachan sus rostros, se persignan y murmuran una oración. En silencio detienen sus ojos en la casa de Sabás, sonrían y una luz anaranjada brota de la puerta. Los santos pasan y Obdulia Alcántara se difumina. La Loli camina solitaria hacia el interior de la casa. La luz anaranjada desaparece y unas risas infantiles hacen eco entre los procesionarios.

*No ha pasado por aquí  
el hijo de mis entrañas,*

*sí señora aquí pasó,  
tres horas antes del alba.*

162

El recorrido es largo, un frío intenso arropa la caminata, duelen las plantas cuando se entierran en esas piedras que llaman de río. La campanilla marca un descanso. Los nichos bajan, las corvas se desentumen, suena el susurro de una oración. Los procesionarios miran a su alrededor. Unos voltean atrás para dar cuenta del recorrido que han hecho, otros besan sus escapularios. Sólo algunos miran la lejanía para encontrar un rostro conocido. El viento sopla quedito y trae el rumor de los murmullos, murmullos que ven lejanos a la procesión.

Canuco el viejo observa hacia atrás y vislumbra centenares de rostros que se aparecen y desaparecen, sombras que huyen y murmullos que atraviesan los vientos. El padre Vilchis esparce el agua bendita en los costados de las

calles. Han llegado a la nopalera, ahí un polvo se forma entre las pencas. Dionisia Güera se transfigura entre la nube de polvo, abre la boca y escupe tierra, tierra que forma plegarias de oración. El padre Vilchis la mira, saluda y le ofrece una señal de compasión. “Benditos los que perdonan, porque ellos tienen ganado el cielo”, grita Dionisia y luego su polvo se desfigura. Un último murmullo se oye, pero nadie ha logrado entenderlo.

*Si lo viste que pasó,  
dime qué señal llevaba.  
Una cruz lleva en sus hombros  
de madera muy pesada.  
Quince pies tiene de larga  
por ocho de atravesada.*

Inés Gonzaga se asoma desde su balcón, toma sus cirios y corre para alcanzar a la procesión.

Dimas Gonzaga camina detrás de los Linares, pero la ha visto. Su murmullo llega hasta donde está Inés, ella lo oye y atraviesa las sombras. Se coloca a su lado y le dice: “Hace mucho que espero tu murmullo...”.

Alfonso Sacristán escucha los cantos de la multitud. Siente que debe salir, pero un peso que cae sobre sus corvas no le permite caminar. Se tira en su petate y ahí llora hasta el amanecer. Cuando el padre Vilchis pasa enfrente de su casa, lo mira con ojos piadosos, agacha la cabeza y piensa: “Bienaventurados los traidores porque de ellos es el reino de los cielos...”. Alfonso llora y desaparece.

La procesión ha llegado al barrio que llaman de las Tres Cruces, va saliendo la gente y de entre ellas viene Juan Barbón, sacude la tierra de sus zapatos y busca a las Güeras. Se oye relinchar los caballos...

*Sintió mil azotes  
lleva en sus sagradas espaldas  
una túnica morada que  
a sus pies le cobijaban.  
Una corona de espinas que  
a sus cienes traspasaban.*

Detrás de la Ángela, viene Dolores. De todas las vírgenes, ella es la más pequeña, montada sobre un nicho azul que simula una nube; la cargan entre dos, dos que siempre van fatigados. La Dolorosa es la más pesada, los brazos se ponen morados y de las manos salen llagas después de cargarla. Ella vive con Primo Linares, en una de las casas más grandes de todo el pueblo. La llevan Primo Linares hijo y Primo Linares grande.

También salen en las procesiones, pues para llegar a la barranca tienen que cruzar por las Tres Cruces; por eso, Primo Linares trae colgando su metrala, por si acaso los insurrectos quieren

quitársela en la procesión. Los ha visto, pero han pasado de largo, los trotes se oyen en lontananza.

166

*Una sogá en la garganta  
donde el judío le estiraba  
cada tirón que le daba,  
mi Jesús se arrodillaba.  
Al mirar la Virgen esto,  
cayó en tierra desmayada,  
San Juan inmediatamente  
acudió a levantarla.*

Los cirios de poco en poco se desgastan, la llama se mueve violentamente y en ella se descifra la dirección de los vientos. El cirio lucha por no apagarse. Vuelve a sonar la campanilla, los nichos se elevan otra vez, hubo alguien que se ha quejado, un gemido que se pierde sufriendo el peso, sufriendo el camino.

Una multitud de caballos levantan polvo entre la vereda de las Tres Cruces. Suenan los tiros de las carabinas. El murmullo de la algarabía llega hasta los oídos de la procesión. El padre Vilchis los mira en la lejanía. Siguen riendo y el ejército grita al unísono: “¡Viva el polvo de Lucila Morrongo!”. Un destello aparece e ilumina el paso de un blanco caballo. Una hermosa mujer dispara hacia los cielos. Al llegar a lo más alto de las Tres Cruces, los insurrectos se desvanecen.

*Levántese gran señora,  
que no es tiempo de esperar,  
caminemos, caminemos,  
que ya vamos a llegar.  
Por muy a prisa que andemos  
ya lo habrán crucificado,  
ya le pondrían la corona,  
ya remacharían los clavos.*

*Ya le darían la lanza  
en su divino costado.*

168

Al pasar las Tres Cruces, se llega al bordo. En sus aguas se refleja el brillo de trece estrellas, ahí salen los ahogados, rígidos, todavía mojados se asoman a ver la procesión. Se persignan y rezan. Gritan, nadie los oye, sólo los perros aúllan, como reconociendo su pena. Uno de los ahogados es Simón Tequila. Sube a lo más alto del árbol llorón, con sus ojos amarillos busca un rostro cercano, mira a Canuco y le grita: “¡Canuco, reza por mí...!”. Canuco el viejo lo oye a lo lejos, agacha los ojos y su Virgen se vuelve más pesada. Domingo Chiringuín y Francisco Barbón miran las sombras que se encaminan en la procesión. Intentan acercarse, pero cuando se alejan de las aguas del bordo, las hierbas los envuelven y los regresan a las profundidades. El padre Vilchis los observa, se detiene, luego se

postra de rodillas y grita: “¡Bendita el agua por la cual hemos sido bendecidos...!”.

La luna metálica se asoma detrás del Molcajete. Los pasos se estancan, los feligreses levantan el rostro y miran el astro, se detienen, bajan sus nichos para postrarse de rodillas. En el silencio lunar, unos llantos queditos resuenan en los oídos de los piadosos. El padre Vilchis ora, pide por las ánimas que caminan, también por él.

*La sangre que derramó  
cayó en un cáliz sagrado,  
y el hombre que la beba  
será bien aventurado.  
En el mundo será rey  
y en el cielo coronado.  
Tocó un tifón en la calle  
y el destemplado tambor,  
dándole la noticia al pueblo;  
que ha muerto nuestro señor.*

El camino, que pasa por las Tres Cruces, rodea el bordo y llega a la cuesta, es llamado la calzada de la Joya. En los costados crecen los olmos y con los cirios se iluminan brevemente los cuerpos de los ahorcados. Sin poder zafarse de su cuerda entonan su ruego: "...Padre Celestial, ten piedad de nosotros...". La procesión pasa de largo, cuando los olmos se desdibujan en lontananza, los ruegos de los colgados se convierten en alaridos que nadie oye. Sólo el sacerdote es quien mira hacia atrás para contemplar a los ahorcados. Sus gritos rasguñan la columna del padre, como empujándolo con el peso de su agonía.

Después del bordo, la procesión mira la cuesta del Buey. La subida es pesada y los santos se tambalean, pesan más. Al final de la cuesta se ve la torre de la iglesia. De uno de los lados han salido Pancha Güera y Güera Toña, vienen polveadas con olor a monte. Miran la procesión, se ponen de rodillas y besan la tierra, comienzan

a flagelarse, toman sus escapularios y los estrellan contra sus espaldas. Lloran y gimen. De entre sus sollozos forman su oración: “Rueguen por nosotras...”. El padre Vilchis las ha visto, se para frente a ellas y con sus manos les hace la señal de la cruz. Vierte sobre sus trenzas un poco del agua bendita, luego les dice: “Descansen en paz”. El padre Vilchis besa la cruz de su pecho, ve a los cielos y cuando vuelve su mirada a las güeras, ellas ya se han ido.

*Las piedras lloraron sangre  
cuando Jesús expiró,  
el sol se vistió de luto,  
y la luna se enterneció.*

Antes del fin de la cuesta está el panteón del pueblo. Al pasar, una multitud se asoma detrás de las puertas. Lloran mudamente. Al ver a las vírgenes se postran en adoración. La procesión

se detiene. Bajan los nichos y el panteón se abre. Las ánimas salen, tocan a las imágenes con sus dedos terrosos y luego las besan fervorosamente. El padre Vilchis bendice a los recién llegados, traen consigo un aire frío. Pasado un rato, las vírgenes vuelven a elevarse. Las ánimas del panteón se han esfumado llevándose su silencio.

*Por las ánimas benditas,  
yo te ofrezco este alabado.  
que las saques y las lleves,  
para donde fuimos creados.  
En los cielos y la tierra,  
sea para siempre adorado,  
el corazón amoroso de  
Jesús sacramentado.*

Suenan las campanas, anuncian la llegada de la procesión. Los perros aúllan y las puertas de la iglesia están abiertas de par en par. El padre

Vilchis se planta en el principio, se postra de rodillas y besa las primeras piedras del atrio. Levanta sus manos al cielo, dejando su estandarte en el suelo, besa su escapulario. Todos lo imitan. Con una voz relampagueante grita. “¡Señor ten piedad de nosotros!”. La procesión entra.

El último cuete sube a lo más alto del cielo iluminando efímeramente el alba, su sonido se borra por un viento grueso y también por el canto del tecolote. En la torre más alta de la iglesia cuelga una cuerda vacía, ahí se para un tordo. El atrio se conmueve con un silencio helado. Revolotean millares de mariposas diurnas. La iglesia ha quedado vacía, llena de niebla, perfumada con un rescoldo del sahumerio. A lo lejos se oye el último suspiro del polvo...

*...Por las ánimas benditas,  
yo te ofrezco este alabado...*

El Concurso Universitario de Literatura “Horacio Zúñiga Anaya”, del que tuve el honor de ser jurado, me sorprendió. Nunca he dudado de la capacidad creativa, imaginativa y simbólica de los estudiantes: la juventud es efervescente y se derrama por cualquier resquicio. Lo que me sorprendió fue la cantidad de obras participantes. Me dio mucho gusto constatar que el futuro de la literatura nacional está más vivo que nunca. Escribir una novela corta no es algo sencillo, además de imaginación y talento se necesita perseverancia y dedicación. Trabajo, trabajo y más trabajo. Las obras demostraron no solo que hay talento, sino que también hay una intención en la escritura de las nuevas generaciones. Lo que leí fueron textos profundos, complejos, apasionados. Creo que justamente de eso se trata la literatura.

*Josemaría Camacho*

Es muy grato conocer la gran respuesta que tuvo la excelente iniciativa de la UAEM al convocar al Primer Concurso Universitario de Literatura “Horacio Zúñiga Anaya”. El enorme estímulo que representa este reconocimiento.

*María Esther Núñez*

Antes que nada me permito felicitar a los organizadores del Primer Concurso Universitario de Literatura “Horacio Zúñiga Anaya” y agradecer el honor de poder participar como miembro del jurado. Quisiera destacar que fue de gran interés sondear las preferencias literarias de un segmento de la población juvenil y me parece necesario seguir brindando a los autores en ciernes una plataforma de expresión, por lo que recomiendo en lo posible llevar a cabo la convocatoria anualmente.

*Gerardo Sifuentes*

**SDC**